

Ilustración Artística

AÑO XXVI

← BARCELONA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1907 →

Núm. 1.343



Parte central de un tríptico, *OMNIS CARO FŒNUM*, obra de Jerónimo Bosch (siglo XV) que se conserva en el Palacio real de Aranjuez y está expuesto actualmente en la Exposición del Toisón de Oro, de Brujas. (De fotografía de Carlos Trampus.)



Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La primera falta*, por José Francés. — *Los marinos chilenos en Barcelona. Banquete en el Tibidabo. — De Marruecos. — Sorrento en la literatura*, por Carlos Abeniagar. — *San Petersburgo. La iglesia expiatoria. — Nuestros grabados artísticos. — Espectáculos. — Problema de ajedrez. — La reina del prado*, novela ilustrada (continuación). — *La casa del kanguro*, por W. H. Payne.

Grabados.— Parte central de un tríptico *Omnis caro fœnum*, obra de Jerónimo Bosch. — Dibujo de Calderé que ilustra el artículo *La primera falta*. — *Monumento á Virchow*, obra de Federico Klimsch. — *El músico de aldea*, cuadro de Carlos Wilhelmsson. — Los marinos chilenos en Barcelona y el banquete en el Tibidabo. — Marruecos. Seis reproducciones fotográficas de escenas ocurridas en Casablanca. — Vistas de Sorrento. — *San Petersburgo. La iglesia expiatoria erigida en el sitio donde fué asesinado el tsar Alejandro II. — Automóvil de M. Fabregues, de Marsella.* — Cinco grabados que representan la caza y costumbres de los kanguros. — *Wurzburg (Baviera). — El congreso de católicos alemanes recientemente celebrado. Una sesión en el salón de fiestas del Palacio Municipal de Wurzburg.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la velada conmemorativa que estos días ha consagrado la Coruña á la filántropa doña Concepción Arenal de García Carrasco, se ha agitado vivamente la cuestión de si el espíritu de esta señora tenía más de femenino que de masculino, y viceversa. Yo, en aquel momento, me planteaba el mismo problema; después, reflexionando detenidamente, he comprendido que se trata de una puerilidad. Los caracteres morales femeninos y masculinos son imposibles de determinar, y cambiantes y variables según circunstancias que no cabe prever. Es nuestra preocupación anterior la que presume de adivinarlos y definirlos, cuando realmente, si aislamos al individuo de las influencias externas, habremos aislado su verdadero carácter, ni femenino ni masculino, sino humano.

No creo mucho que digamos en la definición posible de la masculinidad moral. Es muy fácil hacerla *a posteriori*: la dificultad, en esto, sería el apriorismo. Para aclarar mi idea con un ejemplo, supongamos que, á la vuelta de muchos años, borrado, por un caso rarísimo, el recuerdo de la existencia y de las obras de doña Concepción Arenal, se descubriesen páginas sueltas de estas obras, ó un libro entero, anónimo. A no ser que en él, casualmente, la autora hiciese referencia á su sexo, ¿hay alguien que lo adivinase? Si desglosamos un capítulo del *Visitador del pobre*, por el barón de Gérando, y otro capítulo del *Visitador del pobre*, de doña Concepción Arenal, ¿será capaz el más pintado de decir cuál de ellos ha sido escrito por un varón y cuál por una hembra?

Sabiendo el nombre del autor de un libro, nada más sencillo y nada más lucido que decir que su sexo se refleja en esto, en lo otro, en lo de más allá. Así las supuestas profecías de Nostradamus, trazadas después de los acontecimientos á que se refieren, pudieron revelar extraordinaria perspicacia en el profeta. La crítica que se ejerce sobre lo ya conocido, tiene muchas probabilidades de acertar.

Hay cosas que, si las hiciésemos dos veces, y fuese posible, las haríamos enteramente al revés de como las hicimos la primera. Cuando yo empecé á escribir, recuerdo que me aconsejaron que adoptase un seudónimo masculino. Protesté, porque mi tendencia es siempre á la franqueza, á huir de todo disfraz. Hoy, pensándolo mejor, creo que me hubiese convenido mucho; el único inconveniente sería que jamás se consiguió guardar el secreto de un seudónimo literario, y menos cuando el escritor que lo usa ha obtenido notoriedad. El seudónimo, realmente, es como el antifaz de terciopelo negro: lejos de tapar la cara, la acusa: aviva la curiosidad y hace resaltar ciertos rasgos y facciones. Si en efecto el antifaz del seudónimo encubriese, envolviere á los escritores en bienhechora sombra, en un incógnito protector, no cabe duda: toda mujer que escribe debiera adoptar esa precaución, á fin de dar chasco á los que, adivinando *a posteriori*, reconocen en su estilo el sexo, que es como si lo reconociesen en el modo de jugar al tresillo, de confeccionar un plato de cocina, de trazar un plano ó de regar un arbusto.

Sin gran trabajo recontaríamos escritores varones

de un estilo blando y dulce. Ahí está, verbigracia, Silvio Pellico. Ahí están... Tente, lengua, que iba á nombrar á contemporáneos, y nombrarles con tal motivo les sentaría como una ensalada de pepinos sin desangrar. Si es preciso dedicarse á definir en qué consiste la virilidad del estilo, yo diría que no es ni en las formas bruscas, rudas y ásperas, ni en la ordinarietà, ni en el desenfado, ni en la aprestada osadía de las expresiones, ni en la libertad ó licencia de las palabras. Suponiendo que el estilo haya de aspirar á revestirse de un carácter viril, necesidad que no me parece demostrada, su virilidad me figuro que debe de consistir en su buena cepa, en su limpieza y firmeza, en su energía para expresar lo que se propone, en su marcha desembarazada y ágil hacia el objeto, en su cordura y equilibrio gramatical, en su amplitud generosa. Con esto del escribir ocurre á veces el mismo equívoco que con el hablar. Los mozalbetes recién salidos del cascarón piensan que no son *hombres* si no filan una ristra de interjecciones y pecados, y no fuman una apestosa tagarnina. Se puede hablar decorosamente, escribir delicadamente, y ser tan varón como mi abuelo, que esté en gloria.

Volviendo á la ilustre señora—á quien dedicó la Reunión de artesanos de la Coruña una velada que yo llamaría brillante si no me hubiese visto en el caso de tomar parte en ella y de presidirla,—no prescindiré de la mención que merece, ya que por un momento es la actualidad, es vida contemporánea. Frecuentemente, con sobrado disgusto, me encuentro compelida á bosquejar aquí impresiones de horror, producto del creciente desate de la baja criminalidad, del incremento de ciertos actos feroces á los cuales el inocente público ha dado en aplicar el poético nombre de *crímenes pasionales*. La crónica se regocija de poder alguna vez agitar sus cascabeles de plata en honor del bien. Y doña Concepción Arenal no se limitó á practicar el bien; lo predicó toda su vida. Ya sé que invierto el orden retórico: suele decirse lo contrario, y conceder más alto valor á la práctica que á la predicación y propaganda; mas yo, teniendo por errónea esta manera de entender el asunto, ya vuelvo del revés para que quede cada cosa en su lugar. En efecto, por mucho que estimemos las virtudes privadas, domésticas y silenciosas, no podremos negar lo reducido de su radio de acción. Tampoco habremos de desconocer que el número de personas que en privado practican el bien, es bastante mayor, al menos en España, que el de las que lo propagan con el libro y el artículo. Infinidad de señoras se dedican á la beneficencia; todos las conocemos, y las estimamos mucho particularmente, sin creer que sus virtudes irradian fuera de su casa y familia, si es que á tanto llegan, que miles de veces no llegan ni á tanto. El ejercicio de la beneficencia es, ¿quién lo discute?, una noble ocupación y un excelente ejemplo; pero circunscrito al estrecho límite de un hogar, ni aun es ejemplo, porque rara vez las familias se moldean en lo que ven hacer á uno de sus individuos, sobre todo si se trata de obras de caridad: á lo sumo, cuando las familias son buenas, perdonan la inofensiva manía. La beneficencia social empieza en el espíritu de asociación, y llega á su cima en el espíritu de propaganda y de difusión de un ideal. Nótese que no hablo de la caridad: la caridad es el bien en grado heroico, es el amor puro, es la abnegación absoluta.

Así, no vacilo en repetir que doña Concepción Arenal hizo bien principalmente porque escribió; y no fué culpa suya, de positivo, si no hizo infinitamente mayor bien, como lo hubiese hecho en Inglaterra, donde se la leería infinitamente más. Ella dijo de sus libros que eran impresos, pero no leídos, y así es lo cierto; pocos lectores—relativamente—obtuvieron sus obras, no ya las de carácter doctrinal, como los *Estudios penitenciarios* y el *Ensayo sobre el derecho de gentes*, sino también las de carácter activo, de moral práctica, por decirlo así, como el *Visitador del pobre* y el *Visitador del preso*. La primera, no obstante, en opinión de algunos su mejor libro, y que ha conseguido numerosas ediciones y traducciones, ha hecho bien á proporción de lo que se ha leído: es la regla infalible para esta clase de libros, y la piedra de toque de su bondad: son buenos cuando son útiles, y son útiles cuando se difunden y propagan. Los escritos de Isabel Barret Brownie, en Inglaterra, se midieron por esta medida; pero allí, cuando una obra acierta á herir las cuerdas del sentido moral y del espíritu activo de la raza, se despacha por millones de ejemplares, y determina hondos movimientos de opinión y fertiliza cosechas de hechos. Aquí, la gente sabe «distinguir.» «Esas cosas están perfectamente en los libros,» exclaman los prudentes meneando la cabeza. Y los indiferentes, encogiéndose de hombros, sonríen.

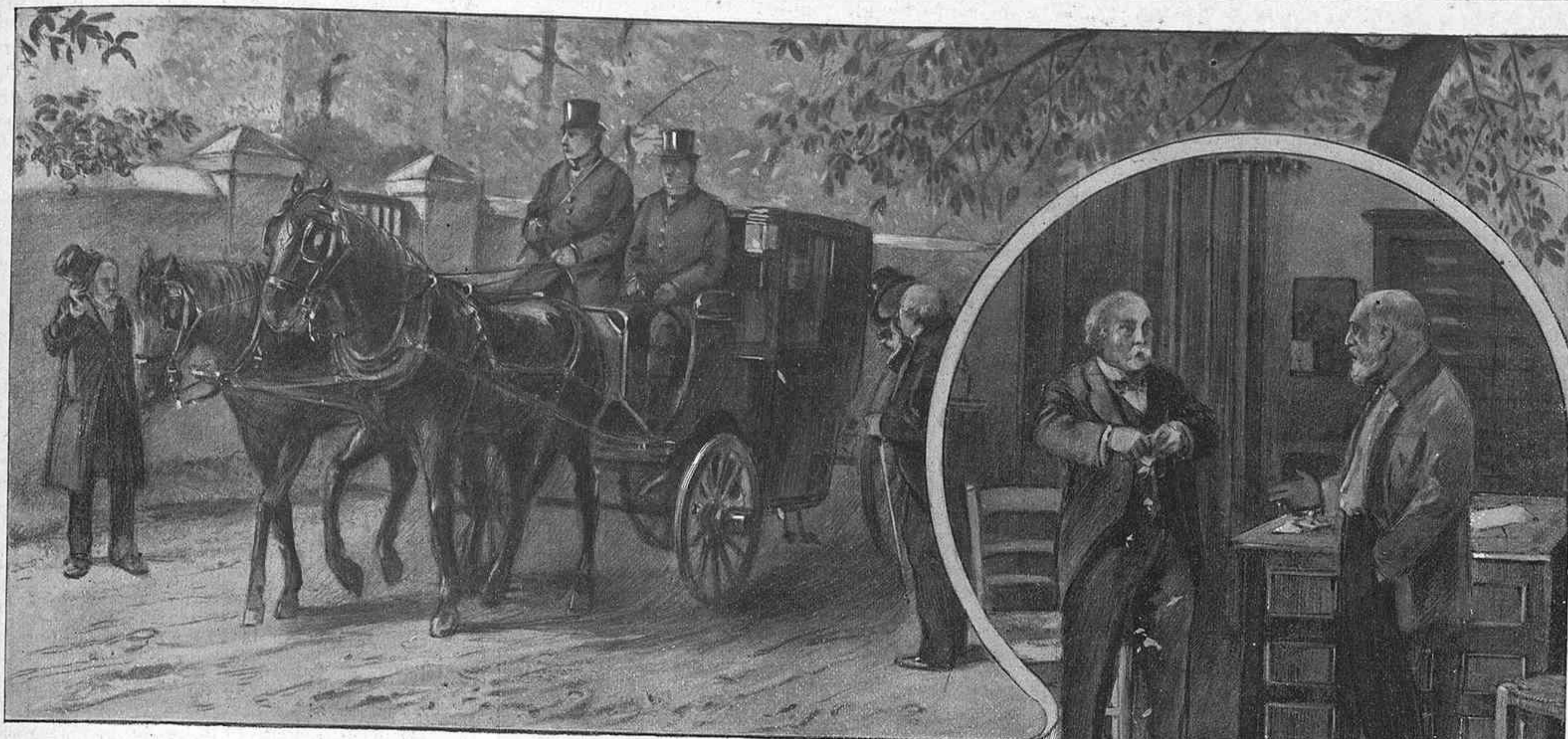
¿Cuál fué, exactamente, la propaganda de doña Concepción? En lo esencial, nada tuvo de innovadora ni mucho menos de revolucionaria: la ilustre escritora aceptó la sociedad tal cual la encontraba, en sus fundamentos y estructura: únicamente indicó la manera de que, sobre esa misma base y sirviéndose de esos mismos elementos ya existentes, se realizase el progreso moral, no tanto en la legislación como en la costumbre, en los procedimientos, mediante reformas de las que no traen perturbación ni repugnan al sentido general. Como una buena ama de casa, que entra en el domicilio, corrige los abusos, hace limpiar y barrer, establece la armonía, la paz y el orden, doña Concepción entra en la sociedad de su tiempo y señala los mil conceptos en que cabe, sin trastornarla, mejorarla, corregirla é introducir en ella mayor suma de espíritu cristiano y humanitario. Claro es que hablo del conjunto de la obra de doña Concepción, la cual es vasta y podrá encerrar pasajes aislados que contradigan mi aserto; pero en su totalidad no es sino lo que acabo de decir, y por lo mismo debiera haber sido mayor su dinamismo y eficacia, si aquí importasen las cuestiones sociales, que no importan.

En gran parte, la propaganda de doña Concepción Arenal se dirigió á obtener que en cárceles y presidios se tratase á presos y penados con dulzura y no con dureza. Opinaba doña Concepción que este buen trato á los delincuentes presuntos ó reconocidos, además de ser un deber moral, de cristiandad, es conveniente al mejoramiento de los presos, y conducente á su posible corrección. En lo cual la ilustre señora seguía las corrientes contemporáneas—al menos en lo primero, no sé si tanto en lo segundo,—y sustentaba un criterio á mi ver indiscutible: que la pena no puede ir más allá de la pena, ni extenderse á malos tratos, crueldades, penalidades y privaciones que no están en ella comprendidos. Si yo me atreviese á emitir una opinión propia en estas materias, que no forman parte de mis habituales lecturas, diría que la cárcel y el presidio, y el presidio sobre todo, no deben ser lugares de recreo, esparcimiento y descanso; pero que tampoco deben ser, en manera alguna, cloacas y pudrideros, ni las antiguas gurapas, ni las antiguas galeras, con las espaldas de los galeotes siempre ofrecidas al látigo del cómitre. Hay que evitar, en esto de las reformas, dos peligros igualmente graves: el de tratar á los penados como si no fuesen hombres, nuestros semejantes, nuestros prójimos, y el de tratarlos como si fuesen hombres á quienes se debe honrar, distraer y complacer ingeniosamente. Herberto Spencer está en lo justo: sus ideas penitenciarias me agradan, por lo precisas y bien definidas, sobre todo en el capítulo que dedica á encarecer y explicar el por qué los penados, dentro de la penitenciaría, deben mantenerse de su trabajo personal, no siendo lícito al Estado sostenerles á expensas del contribuyente.

El problema es de actualidad completa, y han venido á prestársela mayor los sucesos de la Cárcel celular de Madrid. La prensa se ha enzarzado en viva polémica con tal motivo. Hay quien está por las reformas, quien está en contra de las reformas; el antiguo sistema se alza frente al nuevo, representado por Salillas. Me abstendré de terciar en la discusión: creo que en tales negocios no se puede dar dictamen desde afuera. Una cosa es manifestar la impresión que nos producen los libros, las ideas, y otra juzgar los hechos cuando no estamos perfectamente empapados de su desarrollo y antecedentes. Lo que me parece un error es identificar, como he leído en alguna parte, á la escuela antropológica con el pensamiento de doña Concepción Arenal. No hallo en los escritos de la eminente filántropa nada de común con los de Lombroso y Ferri. Hasta se me figura que, en el campo especial de estas ciencias, deben de representar tendencias muy distintas, y no sé si diga antagónicas.

El noble principio del libre arbitrio, de la responsabilidad, tiene en la señora Arenal una elocuente y convencida defensora. No sería ella quien condescendiese á reconocer que se pueden asestar diez ó doce puñaladas ó descargar los cinco tiros de un revólver «sin saber lo que se hace,» «impulsado por algo irresistible,» «á pesar suyo,» «involuntariamente,» «en un momento de ceguedad invencible» y otras pampinas que nos embocan, por no decir claro: «Somos partidarios de que no se imponga á nadie ninguna pena por cosa ninguna,» lo cual, al menos, sería franco, y á la larga ocasionaría el establecimiento, en Europa, de la ley de Lynch, practicada por la superación de los Estados Unidos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Los dos ancianos lleváronse la mano al sombrero

LA PRIMERA FALTA

D. Benito Urquiola, catedrático de Retórica y Poética en el Instituto, y D. Eladio Portuondo, administrador de la principal de Correos, volvían despaciosamente hacia la ciudad que bajo la negra amenaza de unos cerros se extendía á la derecha del camino.

Menguaba la luz. Un vientecillo mansurrón acariciaba los viejos y dulces rostros de los dos amigos, y trepaba á las copas de los altos álamos dorados por el sol agonizante. De no se sabía dónde venía sonar de esquilas. Súbito, en la lejanía izquierda, rasgó la paz del crepúsculo el pitido de un tren; luego se alzó y se agitó y se deshizo un penacho de humo en el cielo tranquilo. Los dos ancianos consultaron sus relojes.

—A su hora, dijo D. Eladio.

—Es verdad, contestó D. Benito.

Callaron.

Al poco rato sintieron tras de sí el ruido de un carruaje. Ambos se apartaron y por entre ellos pasó una berlina arrastrada por dos caballos pulidos y braceantes. Detrás de uno de los cristales, por sobre la corona de la portezuela, brilló breve un anillo de oro y floreció en la bruma del interior la blancura de un rostro. Los dos ancianos lleváronse la mano al sombrero, y á espaldas del coche—que andar de carroza mortuoria llevaba—se reunieron.

—¡Qué pálido va!, dijo D. Eladio.

—Sí; ¡pobrecillo! Tiene los días contados, contestó D. Benito.

Después, con brusca transición, volviendo á su compañero los ojillos maliciosos bajo la nieve de las cejas, continuó:

—¿Y qué? ¿No contesta la niña?

—No; hace mucho tiempo que no vienen cartas ni tarjetas de allá... Él sí, él sigue escribiendo puntualmente, cada dos días. ¡Y si viera usted que!

Sobre ellos avanzaba el estrépito de un coche arrastrado por mulas de largo trote. Cascabeleaban los collerones; estallaban los fustazos y los gritos del cochero. En lo alto del coche se bamboleaban unas sacas repletas.

—¡Ríá! ¡Ríá, Güeyinos! ¡Ríá, Perruca!..

Los dos viejos se apartaron, y de entre el polvo y el ruido salió una cabeza y luego una voz que gritó:

—¡Buenas tardes, D. Eladio! Hoy tenemos América.

Pasó el coche y luego otro y otros atestados de baúles, de sacos, de maletas y con caras pálidas y curiosas detrás de los cristales de las ventanillas.

D. Benito y D. Eladio se retiraron á uno de los paseos laterales y continuaron entre la gente que salía de la estación.

—¿Ha oído usted, D. Benito? Viene América. ¡Ya tenemos hasta las nueve de la noche, lo menos! No parece sino que medio Asturias está allí. ¿Quiere usted que andemos un poco más de prisa?

Tres años llevaba D. Eladio Portuondo de administrador en la Principal de Vetusta; los mismos que habían transcurrido desde su examen para pasar de oficial 1.º á jefe de Negociado y que fué una de las mayores emociones de su vida.

D. Eladio nació el año 45 de un matrimonio que

tenía comercio en la calle Mayor. Su padre se batió en las avanzadas carlistas, y ya inválido, tajadas las dos piernas por una bala de cañón, dejó que su vida siguiera un curso pacífico; pero siempre por los senderos de la buena causa. Auxiliado por lejanos parientes, abrió una tienda de ornamentos religiosos. En el escaparate rebrillaban las falsas gemas en el metal de los cálices; pendían del techo los pesados borlones de oro, y las casullas se mantenían erguidas, como un oficiante que de espaldas al público ocultara pío sus manos. En la trastienda había un cuarto pequeño y oscuro, y allí se almacenaban hasta el techo paquetes de escapularios, de boinas, de guerreras y alguno que otro haz de fusiles. En aquel cuarto, y sentado en un viejo sillón de gutapercha, el Sr. Portuondo presidía reuniones misteriosas donde se leía el periódico oficial de D. Carlos, se discutían proyectos, se contaban y disponían pètrechos de guerra, y finalmente, á las doce de la noche, salían los contertulios alumbrados por un farolillo que sostenía Eladio y que prestaba lívidas claridades á las pardas capas y á los negros manteos. Abría el mozo la puerta de la calle y miraba á uno y otro sitio. Al fondo se recortaban las dos siluetas de la Casa de la Villa; un sereno salmodiaba las doce y media y las siluetas negras se perdían rápidamente camino de la Puerta del Sol.

Por estos carriles de romanticismo y de rectitud se deslizó la vida de Eladio y le hicieron un mozo enclenque y temeroso de Dios, llena de bondad y de ternura su alma. Leía novelas de aventuras y de bandolerismo, gustaba de las comedias de Eguilaz y más de una y de dos veces el maestro de escuela le sorprendió entre las hojas de una gramática latina poemas de Espronceda ó algún tomo de la «Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas.»

La Revolución pasó su espada de fuego sobre la familia Portuondo: el padre murió acuchillado en la trastienda, entre los fusiles y las boinas y los escapularios; la madre y el hijo se encontraron en la calle. Eladio luchó á mordiscos y á patadas con la miseria.

Cuando la patria recobró su perdida paz y se hundió para siempre una leyenda y una esperanza, Eladio consiguió un empleo de Correos. Comenzó para él la vida azarosa y pintoresca de los ambulantes; él estrenó alguno de esos vagones que hoy se pudren bajo el húmedo sueño de la hierba que los va cubriendo en alguna estación lejana y solitaria; viajó en galeras, y en un descarrilamiento atravesó á nado un río con la saca de valores declarados fuertemente abrazada.

Tuvo amores, los únicos amores de su vida; pero el sueldo no daba más que para mantener á una mujer y su madre vivía aún. Hubo de renunciar á la novia, y en el fondo de su alma católica y sentimental surgió la consciencia de que nunca había de pasar nietos suyos en las tardes de buen sol...

Entonces se entregó de lleno al cumplimiento de su deber. Leía atentamente los sobres, procuraba fijarse mucho antes de destinar una carta ó un paquete, deseando evitar un retraso que tal vez fuera causa de grandes é inevitables conflictos. Cuando en las frías madrugadas del invierno ó en los rientes

amaneceres del verano salía de su casa para entrar en el destartado caserón de Correos, marchaba apresuradamente, gozando en pasar inadvertido, él, que tenía durante muchas horas y todos los días ilusiones, esperanzas, evocaciones y desencantos; una frase que sería beso y una frase que sería puñal.

Galoparon los años. Eladio Portuondo era un viejecillo pulcro y bondadoso para quien el «Cronista de Correos» compendiaaba toda la sabiduría y era nidal de todas las aspiraciones postales. Ascendió y fué destinado á la Principal de Vetusta.

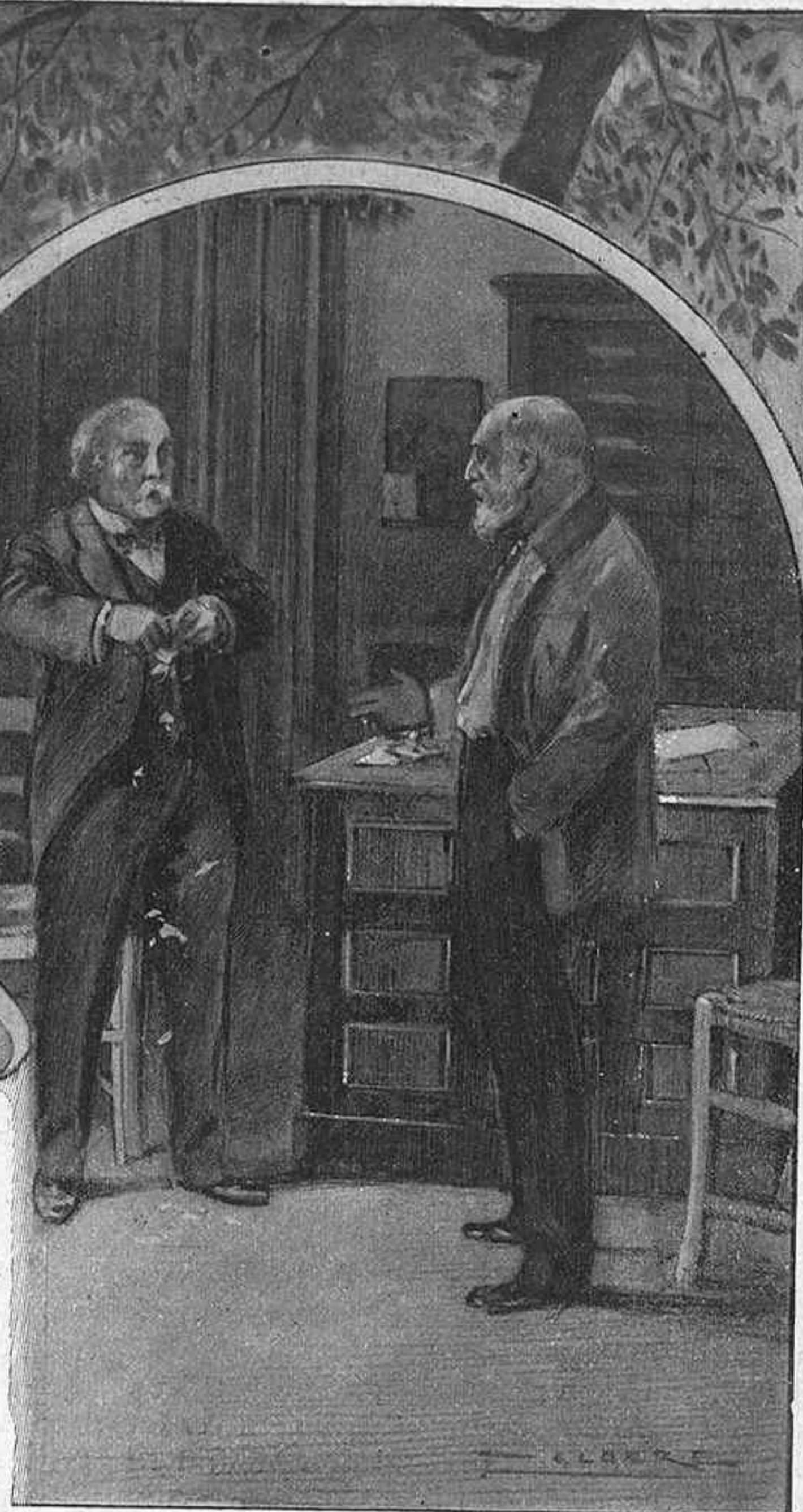
Allí su vida encontró el suave regazo donde reposaría libre de ajetreos y de ambiciones. De sus años juveniles habíale quedado una sutil y amarga melancolía que á veces le llenaba, como vapor de vino generoso, el cerebro. Entonces cogía su flauta—porque D. Eladio tocaba la flauta—y por las blanqueadas paredes de su alcoba, besando los óleos patinosos donde palidecían los rostros de sus padres y de la Virgen de los Dolores, corrían las notas de una polka arcaica y lágrimas corrían por las mejillas del viejo.

Su única amistad en Vetusta era D. Benito Urquiola, catedrático de Retórica y Poética, gran amigo de Pelayo del Castillo y de Marcos Zapata. Sus únicas diversiones: el teatro, cuando representaban zarzuelas de Arrieta y de Gaztambide, y el campo en toda estación. Su único vicio una taza de café en el *Univer-sal* y una partida de dominó con D. Benito después del almuerzo. Su único amor la Iglesia.

En el callado remanso de su vivir cayó cierto día una piedra que removió los fondos románticos y agitó las dormidas aguas. Fué el caso que el marquesito de Alvar Pérez, al volver en otoño de Biarritz, rompió sus relaciones con la hija de los duques de Bernallaga, ya muy cercanas á la boda.

Todo Vetusta comentó largo tiempo el suceso. Se dijo que la amistad del marquesito con una inglesa en Biarritz fué la causa del rompimiento. Algo de ello podrían decir los empleados de la Administración de Correos, pues un día sí y otro no se cruzaban cartas y tarjetas postales dirigidas á Londres, con otras que llegaban á Vetusta á nombre del marquesito.

D. Eladio sintió reverdecir sus antiguas soñaciones y dióse á imaginar á su manera, con materiales de algunas lecturas y dibujos entrevistados aquí y allá, la figura de aquella miss Harrington amada del enfermo marqués. Las cartas de él las colocaba por sí mismo en el centro de un paquete y éste en el fondo de la saca; buscaba en la correspondencia de llegada las cartas de ella y las apartaba para entregárselas en propia mano al cartero. A veces examinaba curiosamente alguna tarjeta de ella intrigado por lo que dirían aquellas palabras inglesas de letra ancha y nerviosa; en



cambio, cuando cogía alguna tarjeta de él la cubría con otras recordando un artículo del Reglamento referente al secreto de la correspondencia.

Un día faltó carta de *ella*. D. Eladio la buscó afanosa é inútilmente. El marquesito martirizó á preguntas al cartero. La carta no pareció. Al día siguiente tampoco; ni al otro, ni al otro. Alvar Pérez escribía diariamente; recayó en su enfermedad.

D. Eladio esperaba febril la llegada del correo y abría él mismo las sacas y deshacía los paquetes y miraba y remiraba. Nada. La flauta dormía en el cajón de la cómoda. El administrador de Vetusta dejó pasar dos números del «Cronista» sin cortarles las hojas. Prolongó sus paseos por el campo y finalmente le confió á su amigo don Benito la turbación y zozobra de su alma.

En la sala de abajo los empleados distribuyen la correspondencia de la provincia y empiezan á abrir las temidas sacas de América llenas de cartas ilegibles, enviadas por personas que no necesitaron saber escribir para triunfar allá lejos... En la sala de arriba, D. Eladio repasa las cartas de la capital, y lo hace rápidamente, inconscientemente, con el pensamiento errabundo y las manos diestras. De pronto tropieza con una carta y se detiene en la presurosa tarea, y medio contiene una exclamación que levanta las cabezas de los carteros agrupados en una mesa cercana.

Es una carta del marqués. Lleva los sellos de llegada y de salida de Londres, y en el dorso una mano ha escrito con letra ancha y recta una sola palabra: *Deceased*.

«¿Deceased? ¿Deceased? ¿Qué será?»

D. Eladio alza los ojos y mira en torno suyo. Los carteros han reanudado su trabajo. La campana de una iglesia vecina invita á la novena. El péndulo de un viejo reloj de pared se balancea isócrono. D. Eladio duda por la primera vez en su vida. Recuerda que sirviendo en Madrid se marchó del Negociado de Lista porque le repugnaba manejar cartas de intriga y de crimen; recuerda que castigó duramente á un empleado por sorprenderle guardándose un periódico que no tenía faja. Recuerda toda su vida intachable y piensa en el marquesito de Alvar Pérez muriéndose en la soledad y en la tristeza de su palacio secular.



Monumento á Virchow, obra de Federico Klimsch

Temblón, azorado, mira hacia la mesa de los carteros... y se guarda la carta en el bolsillo. Después sale de la oficina, coge el sombrero, sale de la Administración, corre por las calles tranquilas, sin cuidarse de la lluvia menuda y silenciosa, llega á la casa del catedrático, sube á trancos la escalera y entra en el despacho de D. Benito, que deja caer el libro en que estaba leyendo y se le queda mirando estupefacto, con la boca abierta como un boquete negro en la nieve de la barba y del bigote.

—¿Qué le pasa á usted, D. Eladio?

—Na... na... da... Nada, D. Benito..., que...

—¡Pero siéntese usted, alma de Dios! Siéntese y descanse. Viene usted sin fuerzas.

—Sí, sí. Esa esca... escalera. Usted sabe el inglés, ¿verdad?

El asombro de D. Benito crece.

—¿El inglés? Sí, un poco. ¿Por qué?

D. Eladio duda por segunda vez. Luego, lanzando un suspiro de alivio, saca la carta y señala la palabra enigma.

—¿Qué quiere decir eso?

D. Benito se coloca los anteojos y asiendo la carta deletrea:

—*De ce a sed*.

Luego levanta la cabeza y mira fijamente á D. Eladio.

—Esto quiere decir *ha muerto, ha fallecido...*

—¡Muerto!

D. Eladio siente el dolor de un mazazo en el cráneo. Como el viejo vino generoso sube congestionándole la añoranza de sus años moceriles, recuerda á Espronceda y á su novia única y á la polka arcaica que yace escondida en la flauta olvidada... La voz de D. Benito disipa la embriaguez.

—¡Calle! Es del marqués para mis Harrington. ¿Vamos á abrirla?

D. Eladio le arranca la carta.

—¡No, D. Benito! Ya he cometido una gravísima falta enterándole á usted de lo que no debía... Y ahora, ahora voy á cometer otra muchísimo mayor, la señalada en el Reglamento con el artículo número, número... ¡Bueno! No me acuerdo; pero sé que es gravísima.

Y bruscamente, rabiosamente, temiendo arrepentirse, rompe la carta en mil pedazos.

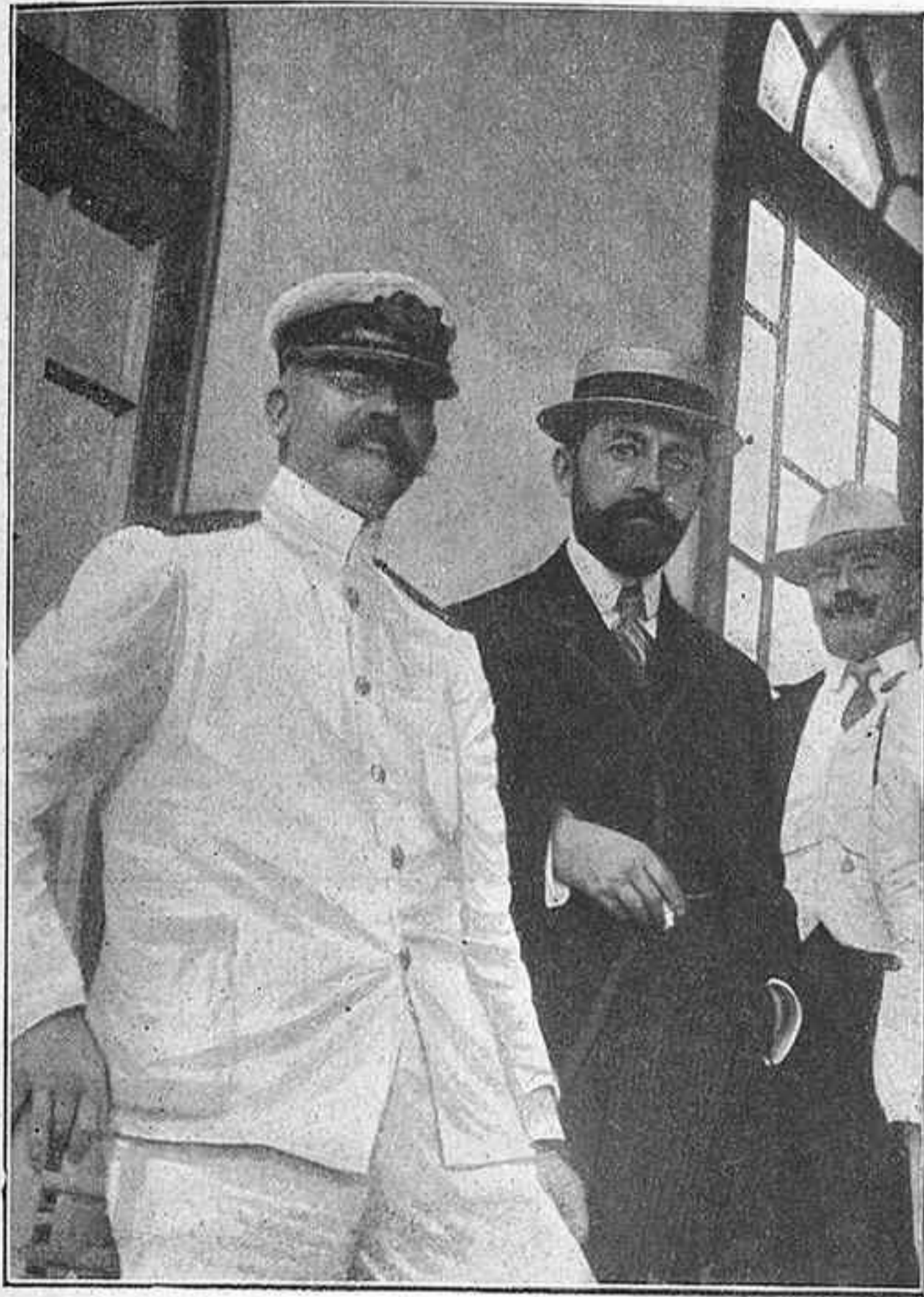
JOSÉ FRANCÉS.



El músico de aldea, cuadro de Carlos Wilhelmsson

LOS MARINOS CHILENOS EN BARCELONA.—BANQUETE EN EL TIBIDABO

Completamos la información gráfica de la estancia de los marinos chilenos en Barcelona con las adjun-



El almirante Sr. Wilson, el presidente del Fomento Sr. Muntadas y el cónsul de Chile señor Garnier en el Tibidabo. Último retrato del señor Wilson, tomado en Barcelona.

tas vistas tomadas durante la fiesta que en honor suyo organizaron el Fomento del Trabajo Nacional, la Cámara de Comercio y el Ateneo Barcelonés.

de representantes de las tres entidades antes citadas.

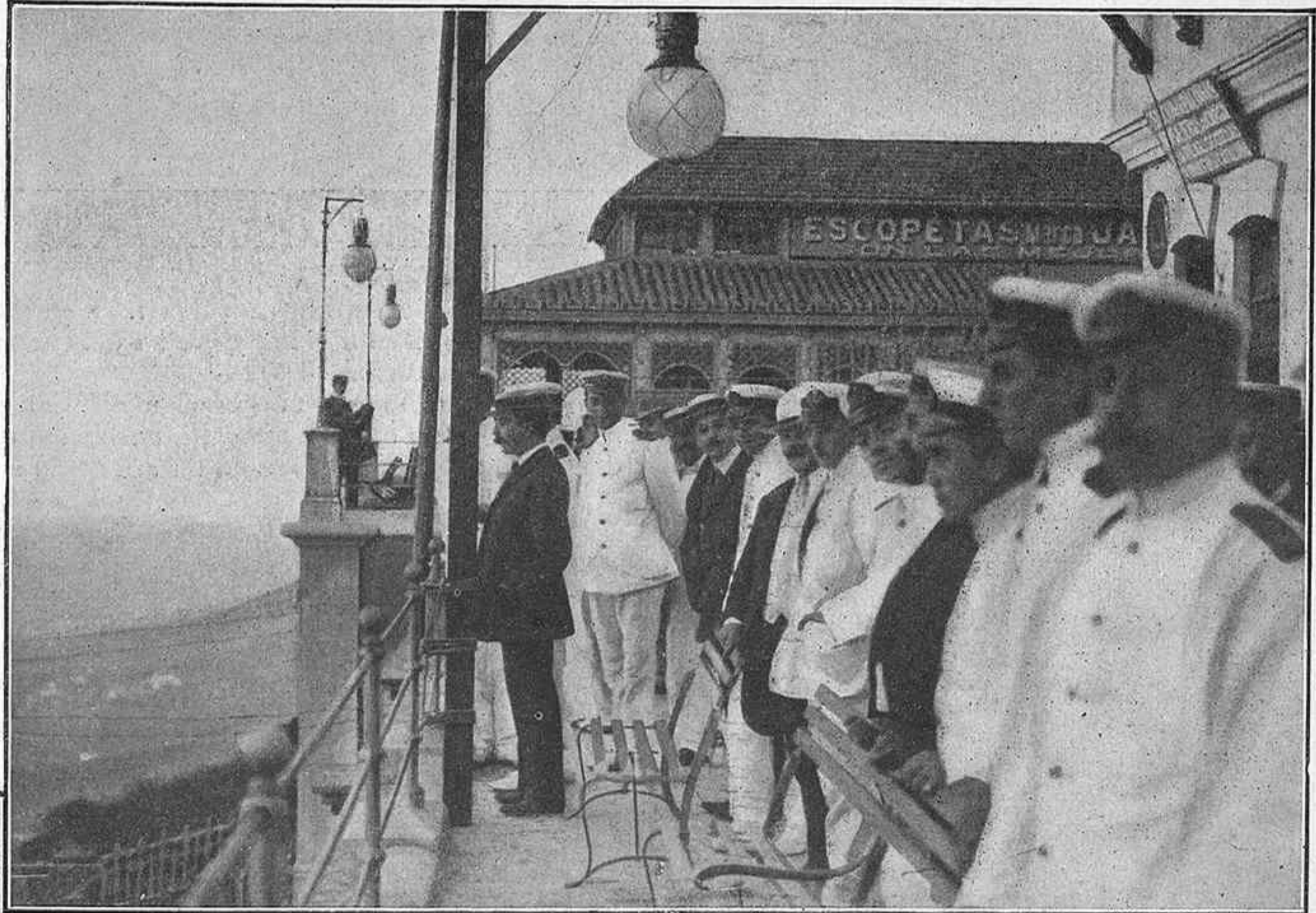
Como el comandante Sr. Wilson había de marchar aquella misma tarde á San Sebastián, con objeto de cumplimentar á los reyes, y esto le impedía asistir á la fiesta hasta el final, antes de empezar el banquete el Sr. Muntadas dirigió una elocuente y cariñosa salutación á los marinos chilenos y al presidente y al pueblo de Chile, y expresó su pesar por la marcha de los que nos han honrado con su visita y su esperanza de que ésta contribuirá á estrechar más los vínculos que unen á las dos naciones hermanas.

El Sr. Wilson contestó á ese discurso con afectuosas frases ensalzando la misión civilizadora realizada por España en América, manifestando la impresión gratísima que se llevan de Barcelona, dedicando li-

recompensados y manifestó el agradecimiento que sentía el pueblo de Barcelona hacia los que dieron prueba de tan noble altruismo. El Sr. Wilson, profundamente emocionado, expresó la gratitud que todos sentían por la distinción con que se les honraba por lo que ellos estimaban no ser más que el cumplimiento de un deber.

Los agraciados, además del comandante, son el teniente segundo D. Arístides del Solar y los guardias marinas Sres. D. Manuel Sarratea y D. Guillermo García.

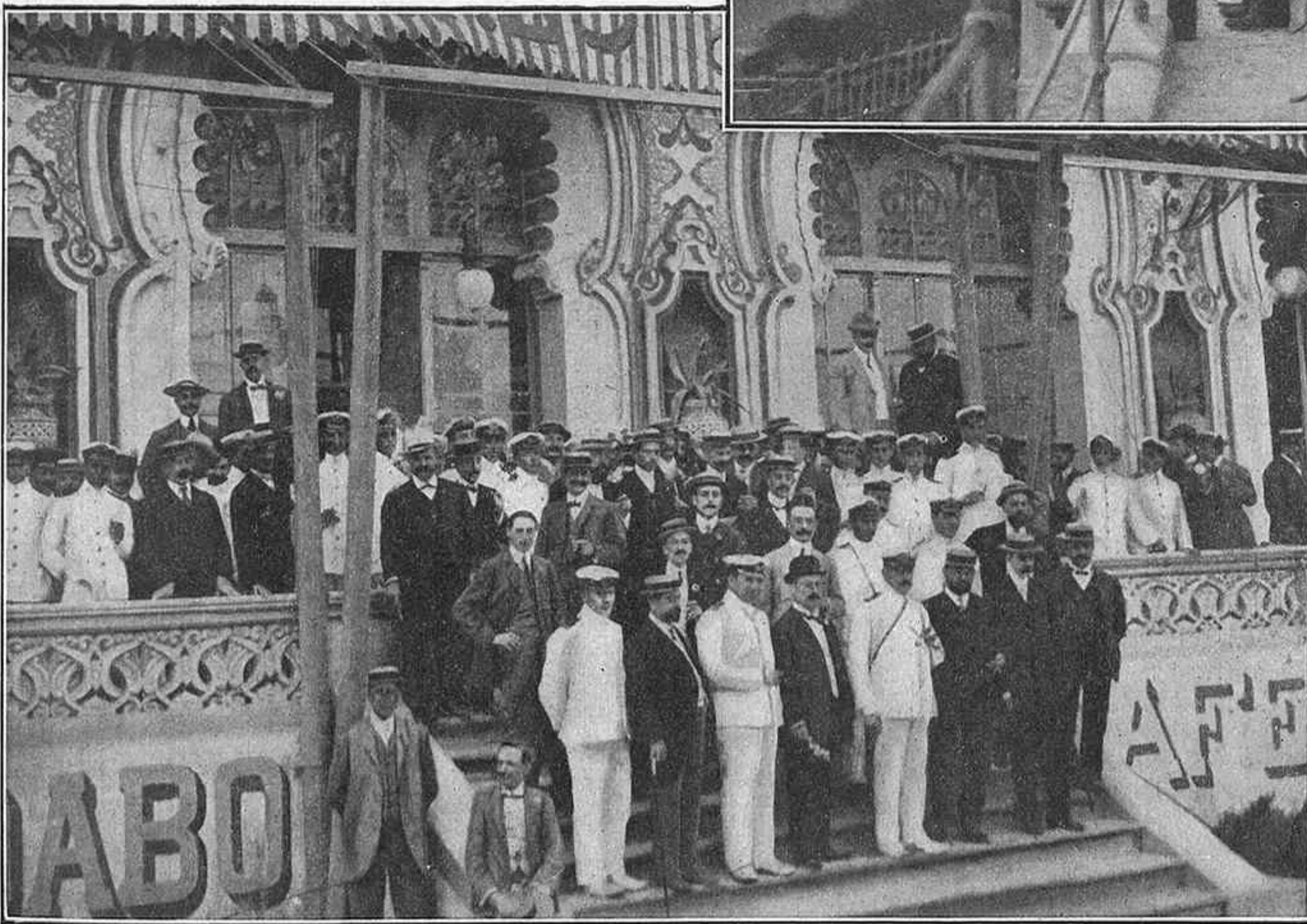
Después de un oportuno brindis del Sr. Vidal-Ribas, dedicado á la mujer chilena, y de haberse acordado enviar un telegrama de salutación al señor presidente de la República de Chile Sr. Montt, terminó



Los marinos chilenos contemplando el panorama de Barcelona desde la plazoleta del Tibidabo

el banquete, que fué una fiesta animadísima y en extremo cordial, de la que guardarán eterno recuerdo cuantos á ella asistieron.—X.

(Fotografías de A. Merletti.)



Los marinos chilenos delante del Hotel Tibidabo

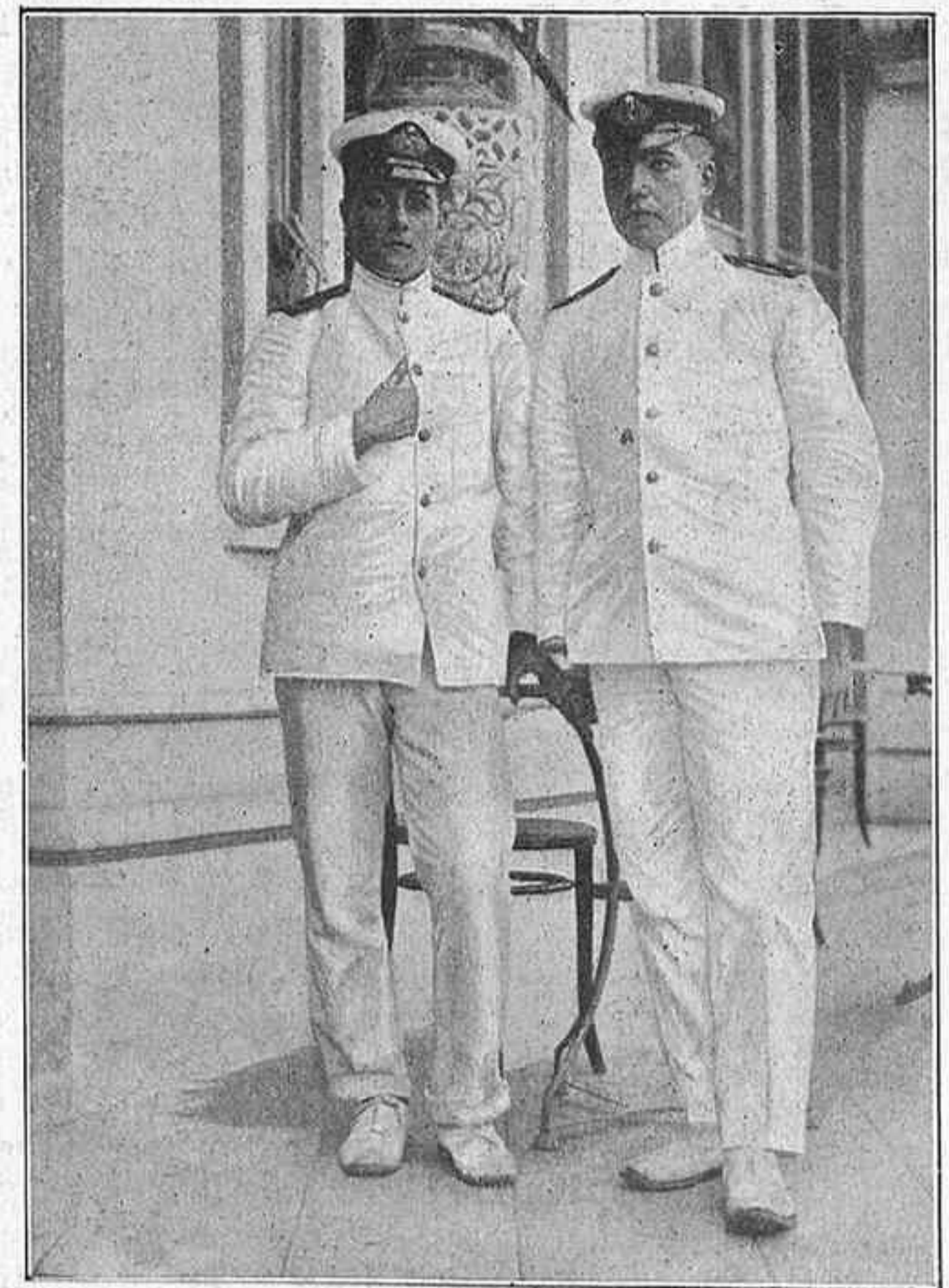
Aunque el tiempo favoreció poco la excursión, no por esto dejaron nuestros ilustres huéspedes de recorrer aquellos pintorescos sitios, ni de admirar el hermoso panorama que desde aquella altura se descubre, quedando encantados del espectáculo que á sus ojos se ofrecía.

A la una y media comenzó el banquete, ocupando la presidencia D. Luis Muntadas, quien tenía á su derecha al comandante del *Ministro Zenteno* señor Wilson, al vicepresidente de la Cámara de Comercio Sr. La Rosa y al segundo comandante de marina señor Borja, y á su izquierda al gobernador civil señor Ossorio, al alcalde accidental Sr. Bastardas y á don Antonio Suñol, en representación del Ateneo Barcelonés. Asistieron á la fiesta treinta y cinco oficiales y guardias marinas del crucero chileno y gran número

sonjeras frases á las mujeres españolas y brindando por España, por el pueblo de Barcelona y por los reyes de España.

Después de cada uno de estos brindis, un terceto, que durante todo el banquete ejecutó bonitas piezas, tocó el himno chileno y la marcha real respectivamente, que fueron saludados, lo mismo que los discursos, con entusiastas aplausos y aclamaciones.

Durante el banquete el gobernador Sr. Ossorio comunicó á los comensales que acababa de recibir un telegrama del ministro de Marina diciendo que S. M. había concedido cruces del Mérito Naval al Sr. Wilson y á los marinos chilenos que tan activa parte habían tomado en la extinción del incendio del vapor *Cabo San Antonio*, ocurrido dos noches antes en este puerto. El Sr. Ossorio felicitó á los marinos



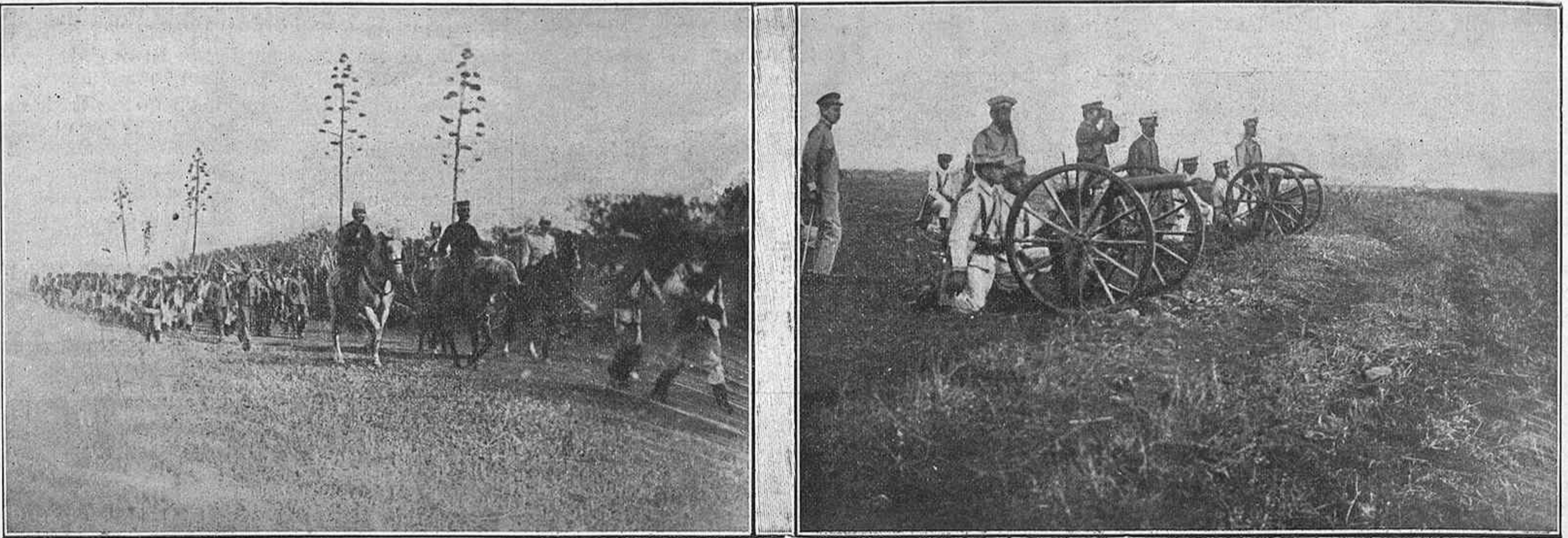
Los guardias marinas D. Guillermo García y D. Manuel Sarratea, condecorados por S. M. con la cruz del Mérito Naval por haber ayudado á la extinción del incendio del vapor «Cabo San Antonio,» ocurrido en este puerto.

DE MARRUECOS

Los cabileños han sufrido un rudo escarmiento con el combate del día 11 de este mes, y no tanto por la importancia militar de esa acción de guerra, como

de Taddert. Los cabileños, sorprendidos por un ataque que no esperaban, apenas opusieron resistencia y emprendieron pronto la huida, abandonando considerable botín, en el que se hallaron muchos objetos procedentes del saqueo de Casablanca; esto explica

Desde hace algunos días funciona en el campamento francés de Casablanca el globo cautivo que ha sido bautizado con el nombre de aquella ciudad. Sus ascensiones han producido gran pánico entre los rebeldes y han permitido formarse exacto concepto de



Casablanca.—Tropas españolas haciendo una descubierta.—Ametralladoras españolas en acción. (De fotografías de Rittwagen.)

por el efecto moral que ha producido en aquéllos el hecho de ver que los franceses no se limitaban ya á mantenerse en sus posiciones de Casablanca, sino que les atacaban en las suyas propias, cosa que conceptuaban imposible.

La primera idea del general Drude al poner aquel

que las pérdidas de los franceses fuesen insignificantes, un muerto y cinco heridos, y que las del enemigo fuesen muy numerosas.

Las consecuencias de esta operación han sido por de pronto un gran quebrantamiento en los moros y la demanda por parte de éstos de un armisticio á fin

las posiciones que ocupan, lo cual ha facilitado en gran manera el buen éxito de la operación del día 11.

El día 4 fueron enterrados el comandante francés Provost y un soldado de la legión extranjera muertos en el combate del día 3. La ceremonia, que uno de los grabados de esta página reproduce, fué en extre-



Casablanca.—Entierro del comandante Provost y de un legionario, muertos en el combate del día 3 del corriente. (De una fotografía.)

día en movimiento una parte de sus fuerzas, fué, según parece, practicar un simple reconocimiento, pero la facilidad con que se realizó el avance y el ardor bélico de sus tropas movieronle á llevar más allá la operación proyectada y á trabar el combate, cuyo resultado fué la total destrucción del campamento moro

de negociar la sumisión definitiva; las condiciones que para ésta impone el general Drude son: entrega de los autores de los asesinatos de Casablanca, pago de indemnizaciones por estos asesinatos y por el saqueo, y entrega de rehenes en garantía del cumplimiento de las dos condiciones anteriores.

mo solemne, y á ella concurrieron el general Drude, el almirante Philibert, el comandante Santaolalla, la colonia francesa de Casablanca, los periodistas y otras muchas personas. El cadáver del comandante fué conducido al cementerio en un armón de artillería; el del legionario, á hombros de sus compañeros.—R.



Casablanca.—Campamento de goumiers.—Ascensión del globo cautivo francés. (De fotografías de Rittwagen.)

SORRENTO EN LA LITERATURA. (TASSO, WÁGNER, NIETZSCHE, IBSEN, HEYSE, &.)

por Carlos Abeniacar. Fotografías del mismo.

«La sonora playa que el mar de Sorrento baña con sus ondas azules, á los pies del naranjo,» y por la que Lamartine veía avanzar á Graziella llevando en la mano la flor del granado, ha sido siempre, desde Virgilio, residencia predilecta de los artistas, que han ido á buscar en el maravilloso golfo napolitano el olvido de sus sufrimientos ó la inspiración de su genio.

La vida en Sorrento es un goce y un reposo á la vez, y todos cuantos han permanecido en la linda ciudad construida á pico sobre el mar, han sentido siempre ardientes deseos de volver á ella.

El poeta de la «Jerusalén libertada,» el grande y desdichado Torcuato Tasso, nació en Sorrento, en una casita que se hundió en el mar dos siglos después de su muerte; en el mismo sitio hay ahora un hotel y junto á la verja de entrada del mismo una lápida recuerda el memorable hecho. «En el lado occidental de este hotel—dice—donde se alzaba la casa Mastroguidice, nació Torcuato Tasso en 11 de marzo de 1544.—La acción destructora del tiempo, que, en parte, despenó aquel edificio, no podrá, por muchos siglos que transcurran, borrar tan gloriosa memoria.—25 de abril de 1895.» Después de muchas dolorosas vicisitudes, Tasso regresó á su ciudad natal, disfrazado de pastor, y pidió hospitalidad á su hermana Cornelia, que le reconoció, le consoló y le retuvo á su lado algunos meses en el palacio Sersale, que ella habitaba; pero el poeta, que no había apurado aún la copa del dolor, partió nuevamente para Ferrara y al fin murió en Roma, en el convento de San Onofre, después de haber meditado, á la sombra de la encina famosa que todavía vive, sobre la ironía del destino humano, que á veces reserva al genio la triste acogida de la locura.

De Torcuato Tasso sólo queda, en Sorrento, un monumento que, antes de inaugurarse, estuvo guar-

Ricardo Wágner con su esposa Kosima vivió en el hotel Victoria, en el cuarto número 9, desde el cual se goza de una vista espléndida sobre la campiña y el mar, y muchos sorrentinos recuerdan aún haberlo encontrado, en sus largos paseos al Cabo, vestido con su levitón marrón y su sombrero gris. Pablo Heyse, el célebre poeta y dramaturgo alemán, y Lenbach, el famoso pintor muniquense, eran sus mejores amigos. En aquella época (1876-1877) cesaron las relaciones de Wágner con Nietzsche.

Federico Nietzsche habitaba entonces la Villa Attanasio, hoy Villa Rubinacci, y el cuarto del tercer piso que ocupaba no ha variado en lo más mínimo. Allí escribió su obra *Menschliches Aezumentliches*. En su compañía vivían la señora de Meysenburg, el doctor Ree y el estudiante Brenner.

Enrique Ibsen estuvo por vez primera en Sorrento en 1867; venía de Amalfi, en cuya Fonda de la Luna había comenzado su *Peer Gynt*. Hospedóse en una modesta pensión

de artistas denominada *Rose Maigre*, del nombre de su propietaria, que tenía dos hijas, Raquel y Camila, que eran la admiración de todos los huéspedes.

En un cuarto del segundo piso de esa pobre pensión terminó el gran dramaturgo noruego el citado drama que comenzara en Amalfi.

En 1881 volvió á Sorrento, pero aquella vez se hospedó en el Hotel Imperial Tramontano, en donde compuso *Los espectros*, y escribió en el registro del hotel su nombre, con todos sus títulos: «Comendador Enrique Ibsen, Doctor en Filosofía.»

Y en un retrato de él se conserva, ostenta sobre el pecho todas las numerosas condecoraciones que poseía.



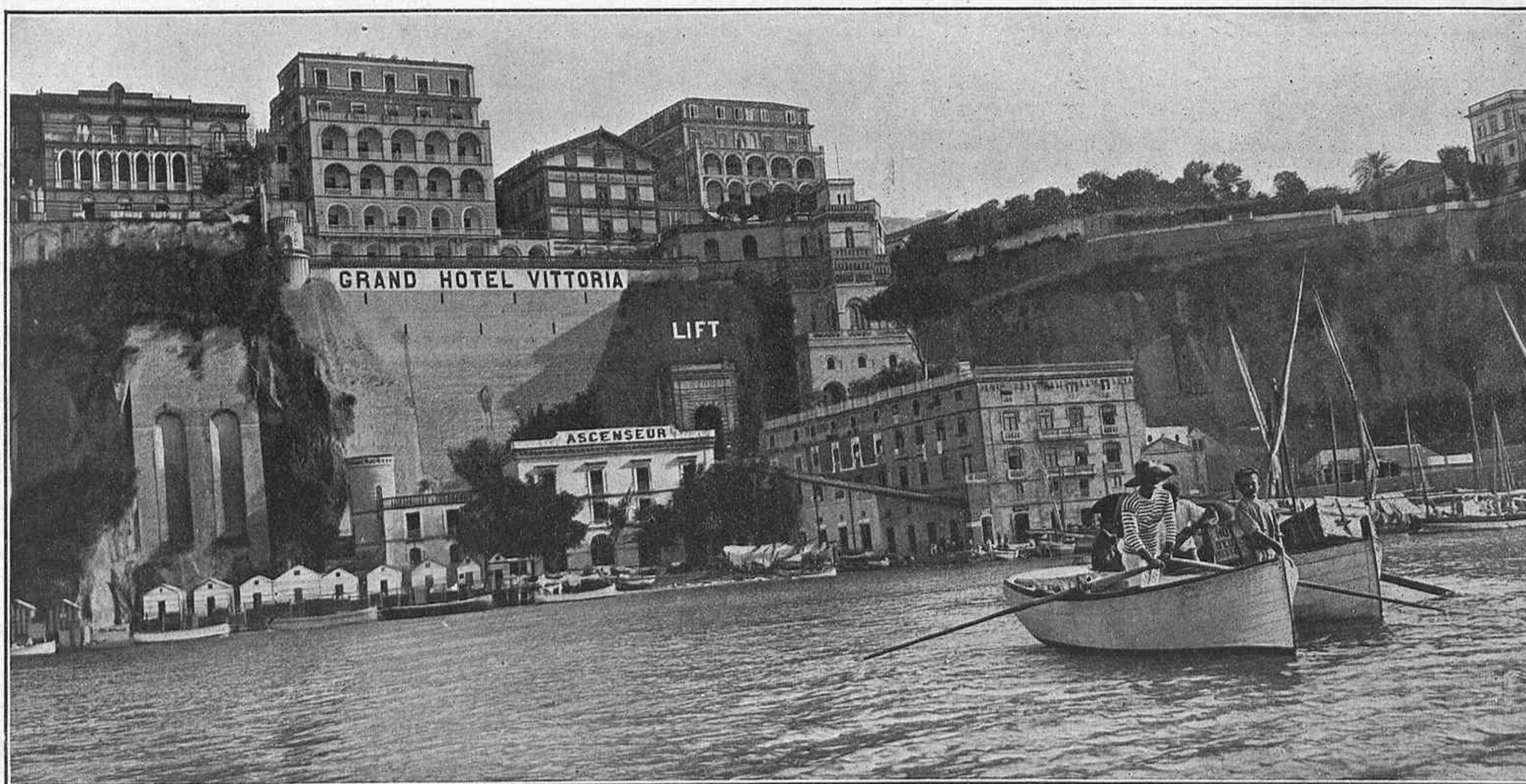
Sorrento.—Lápida conmemorativa del nacimiento de Tasso en la casa que antiguamente se alzaba en el mismo sitio que hoy ocupa esa villa.

dado largo tiempo en un subterráneo, y para bien del arte mejor hubiera sido que allí se hubiese quedado siempre.

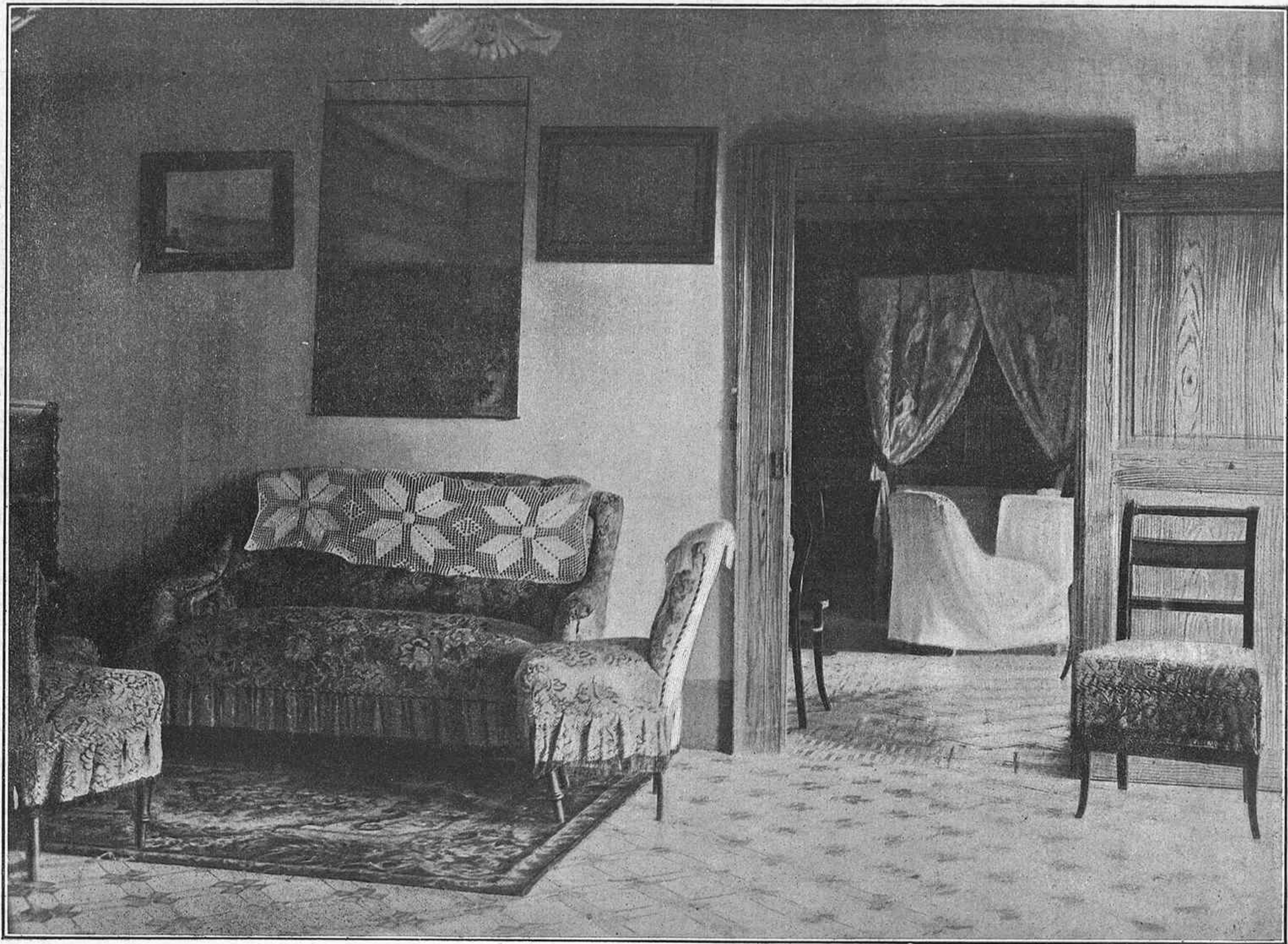
* *

Byron, Shelley, Musset, Lamartine y Heyse estuvieron grandes temporadas en Sorrento. Heyse compuso allí sus *Idilios* y sus *Leids*, y Mme. Beecker-Stowe escribió las primeras páginas de su inmortal novela. Goethe, Von Platen, Kopisch, Taine, Castelar, Lenbach y Gregorovius también residieron temporalmente en Sorrento.

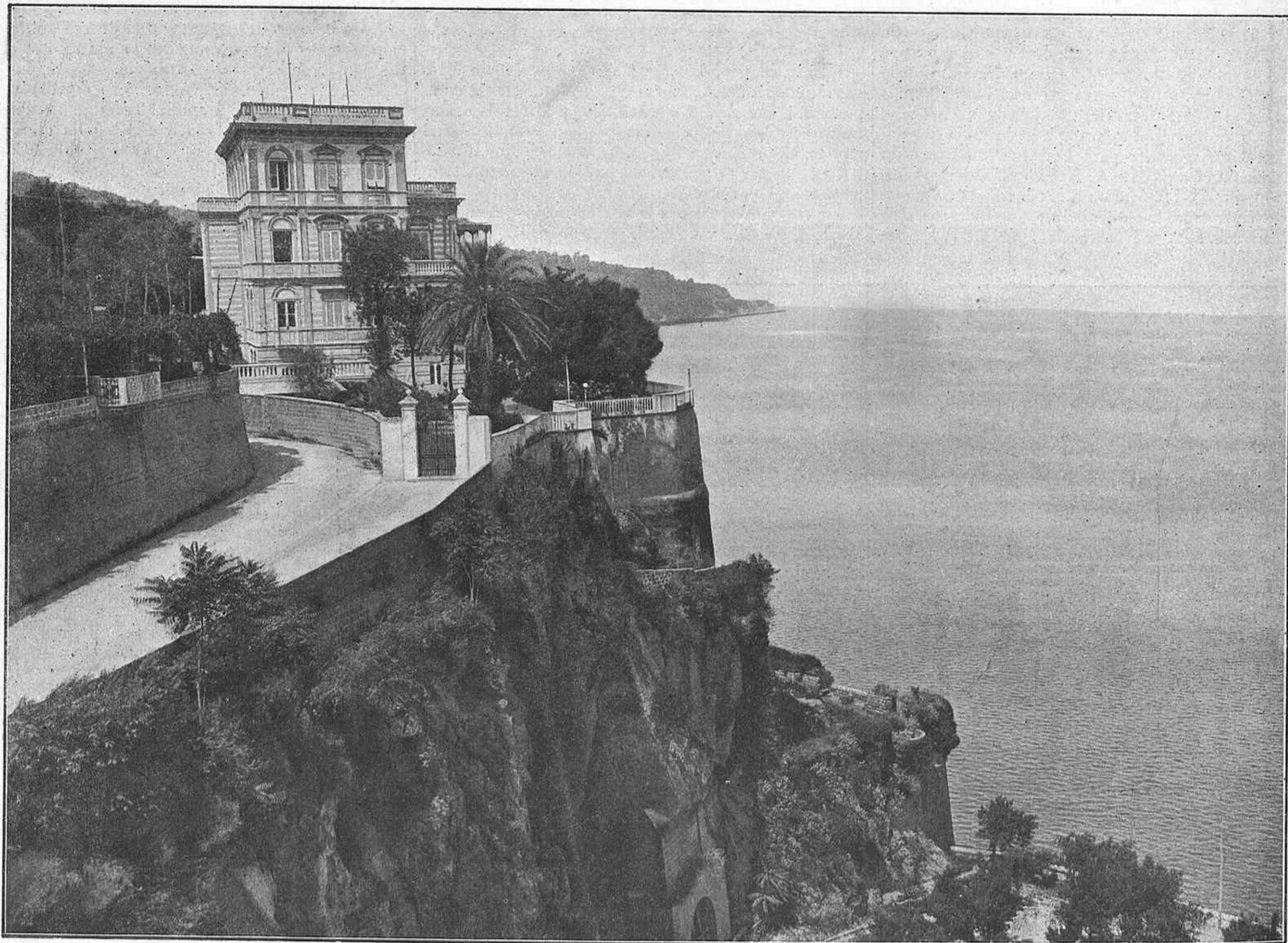
De tres genios guarda la ciudad piadoso recuerdo: Wágner, Nietzsche é Ibsen.



Sorrento visto desde el mar.—En el hotel Victoria vivió largas temporadas Ricardo Wágner.



Sorrento.— Habitación que ocupó Nietzsche en la Villa Rubinacci



Sorrento.— Panorama que se descubre desde el cuarto del Hotel Victoria que habitaba Wagner



Sorrento.—Cuarto (x) de la pensión Rose Maigre en donde Ibsen terminó su «Peer Gynt.»



Sorrento.—Cuarto (x) del Hotel Imperial Tramontano en donde Ibsen escribió «Los espectros.»

SAN PETERSBURGO.

LA IGLESIA EXPIATORIA.

El día 1.º de los corrientes, en presencia del tsar y de la tsarina, de la reina de Grecia, de los grandes duques y del cuerpo diplomático, inauguróse en San Petersburgo la iglesia expiatoria construída en memoria del tsar Alejandro II, en el sitio mismo en donde fué éste asesinado en 13 de marzo de 1881.

El metropolitano Antonio presidió el acto de la consagración, al cual asistieron delegaciones de todas las fuerzas del ejército de guarnición en San Petersburgo y en los alrededores.

Los tsares habían llegado de Peterhof haciendo el viaje por el río.

En la perspectiva del Neva y en el campo de Marte había numerosas tropas. A pesar de las rigurosas medidas adoptadas, una muchedumbre inmensa invadió el trayecto que habían de recorrer los soberanos, que en todas partes fueron acogidos con entusiastas aclamaciones. Desde la inauguración de la primera дума, era esta la primera vez que la imperial pareja se presentaba en público.

Terminada la ceremonia, SS. MM. visitaron las tumbas de Alejandro II y de Alejandro III en la catedral de San Pedro y San Pablo, regresando luego embarcados á Peterhof.

La primera piedra de la iglesia expiatoria púsola el tsar Alejandro III en la primavera de 1883.

El templo es de estilo ruso-bizantino y todo él está construído con materiales rusos; en su parte externa ha sido dirigido por el arquitecto profesor Paarlant, y en el decorado interior han trabajado los artistas más eminentes de Rusia, tales como Wassnizoff, Nesteroff, Bodarewski, Bruni, etc. Toda la iglesia por dentro, paredes y columnas, desde el suelo hasta la más alta cúpula, es de mosaico, formando cuadros que, sobre fondo azul ó de oro, reproducen toda la vida terrena de Jesucristo, ó las figuras de los apóstoles y de los profetas. Dos de esos cuadros son de una belleza incomparable; han sido ejecutados por I. U. Kudrin, según los modelos de Nesteroff, y representan á Nuestra Señora de Kasán y á San Alejandro Newskij; ni contemplándolos de cerca se acierta á distinguir si son obra del pincel ó han sido ejecutados en mosaico, tanta es su perfección. Es muy notable también el iconostasio, que es de plata y tiene en las puertas imágenes de santos pintadas al esmalte.

En las paredes del templo hay varias lápidas de mármol que recuerdan los principales hechos y reformas del reinado de

pietario realizar un viaje por toda Europa, viaje que ha comenzado ya el día 7 del corriente, fecha en que salió de la mencionada ciudad.

El automóvil tiene un *chassis* Tourand y un motor Vantour



San Petersburgo. — La iglesia expiatoria erigida en el sitio donde fué asesinado en 13 de marzo de 1881 el tsar Alejandro II; inaugurada recientemente por el tsar Nicolás II. (De fotografía.)

positivo, supónese con gran fundamento que vivió algún tiempo en España. El tríptico suyo, que en parte reproducimos, se considera como una de sus mejores obras y se conserva en el palacio real de Aranjuez; figura actualmente en la exposición del Toisón de Oro de Brujas, en donde ha sido muy admirado. En el monasterio del Escorial y en el Museo de Madrid hay muchos y muy notables cuadros suyos.

Monumento á Virchow, obra de Federico Kimsch. — Las modernas tendencias no han podido acabar, ni mucho menos, con el clasicismo, sobre todo en lo que afecta al arte escultórico; así vemos continuamente estatuas y monumentos que se ajustan á los antiguos cánones, sin que ello redunde en menoscabo de la valía de tales obras. Una prueba de ello es el monumento del celebrado escultor alemán que reproducimos y que fué premiado en el concurso celebrado en Berlín hace poco para honrar y perpetuar la memoria del eminente patólogo Rodolfo Virchow, fallecido en 1902. Lo mismo el pedestal que el grupo que lo corona tienen toda la sobriedad, armonía y severidad de líneas que caracterizan á los más puros estilos de la antigüedad, y forman un conjunto de gran belleza.

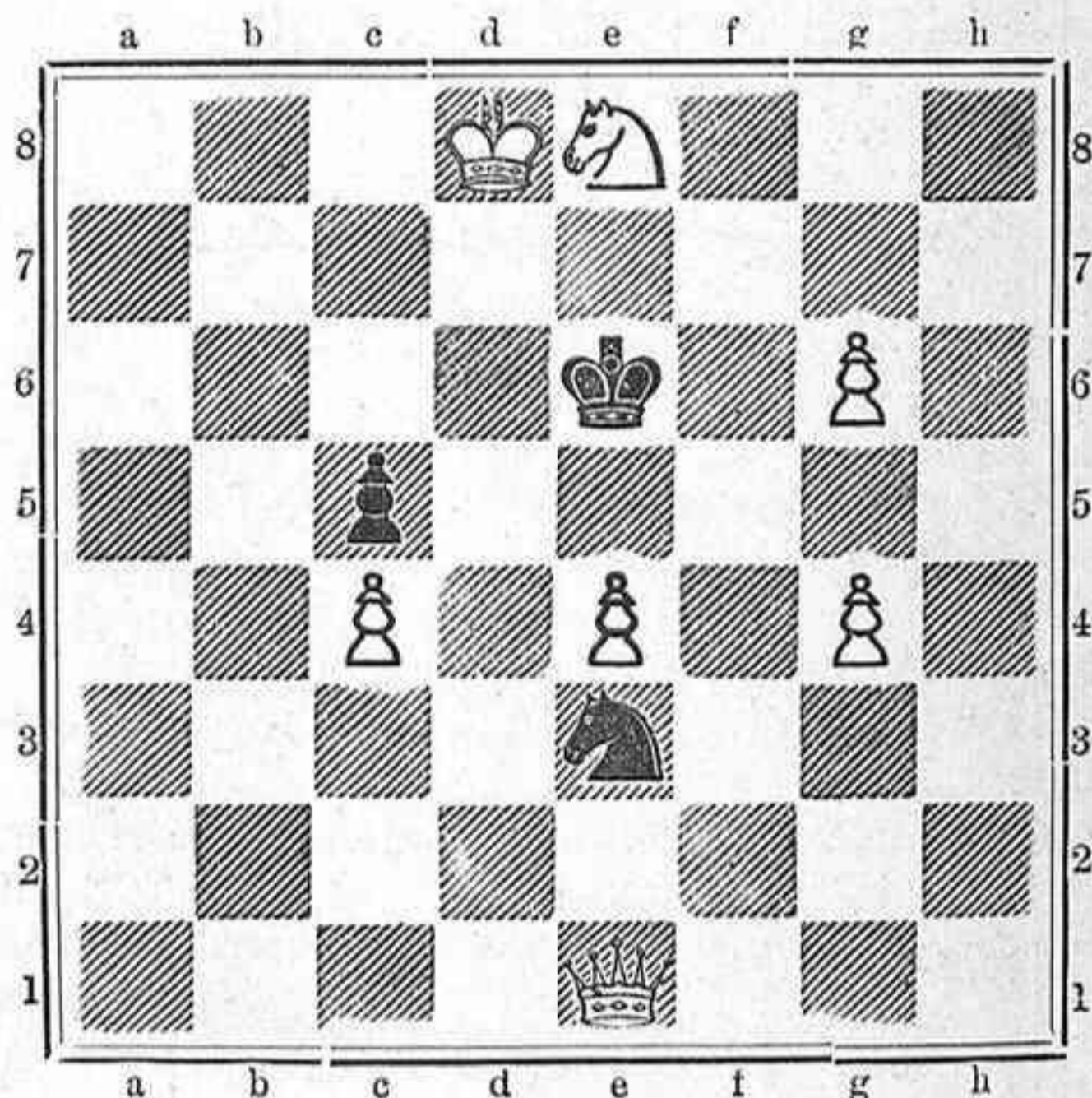
El músico de aldea, cuadro de Carlos Wilhelmsson. — Este pintor sueco dedicase preferentemente á pintar tipos y cuadros de costumbres populares, y del acierto con que cultiva esta especialidad es buena prueba el cuadro suyo que publicamos. Las figuras, el paisaje, todo en ese lienzo nos dice que el autor ha vivido la escena y ha sabido, no sólo observarla exactamente, sino además sentirla con intensidad.

Espectáculos. — BARCELONA. — En el teatro Eldorado ha comenzado una serie de funciones el eminente actor italiano Ermete Novelli. Además de poner en escena varias obras de repertorio, ha estrenado *Povera gente*, drama tomado de una novela de Dostoievski, y la comedia en cinco actos de Bersezio *La miseria del signor Travetti*. Ocioso nos parece decir, tratándose de tan genial artista, que todas las representaciones han sido para él otros tantos triunfos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 479, POR V. MARÍN.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

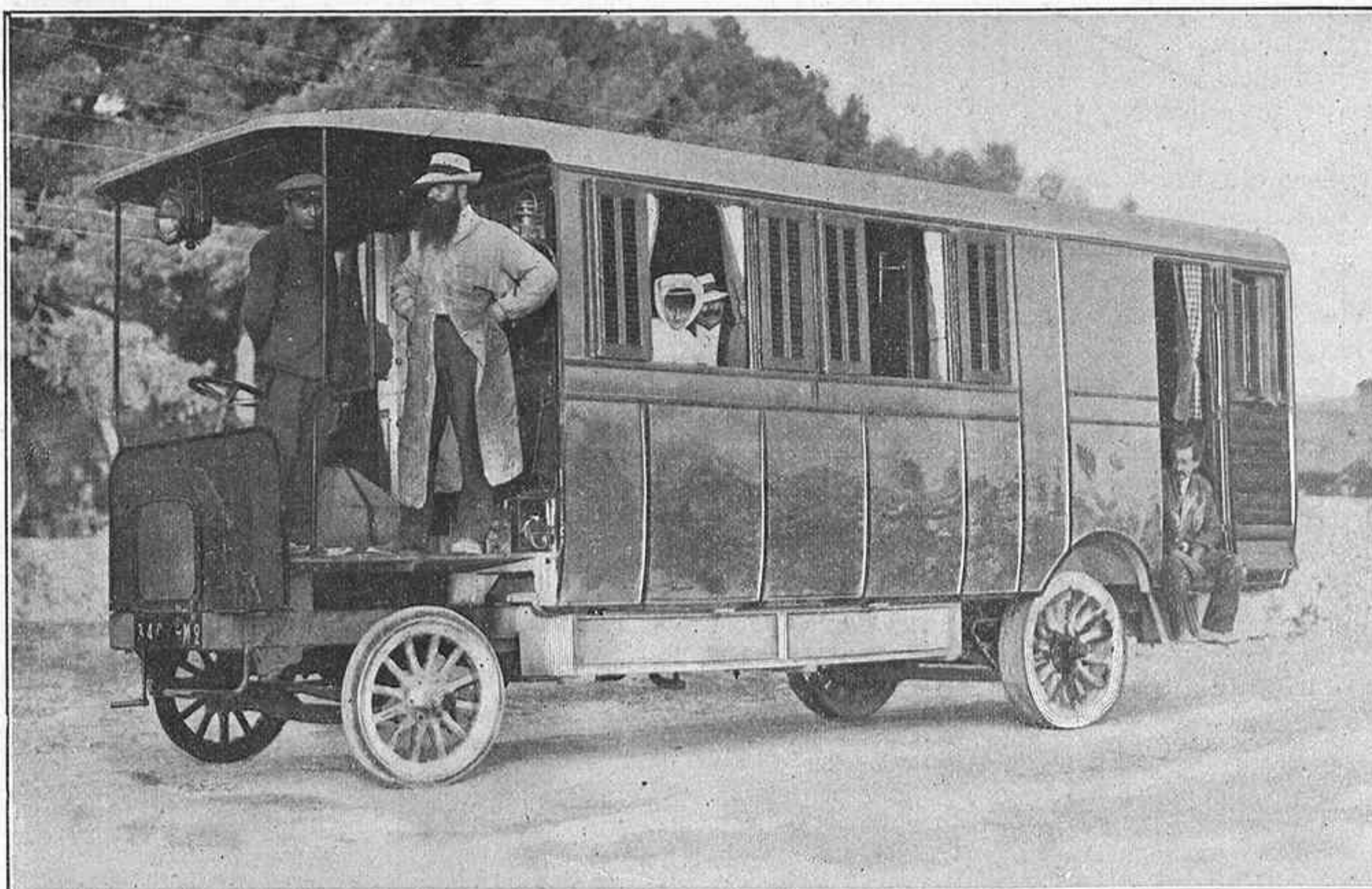
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 478, POR V. MARÍN

Blancas. Negras.

- 1. Tf7-f6
- 2. Tg4-c4 jaque
- 3. D mate.
- 1. Ag7xf6
- 2. Cualquiera.

VARIANTES.

- 1..... Rc6-b7; 2. Dg8xd5 jaq., etc.
- d5-d4; 2. Dg8-c4 jaq., etc.
- Ca2-b4; 2. Tg4xb4, etc.
- Ta8xc8; 2. Dg8xc8 jaq., etc.
- Otra jug.ª; 2. Dg8xd5 jaq., etc.



Automóvil de M. Fabregues, de Marsella, quien se propone recorrer en él toda Europa (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Alejandro II. Las puertas de entrada, de roble y con relieves de hierro, son también notabilísimas.

La ornamentación interior de la iglesia ha costado cinco millones de rublos, de los que uno se ha recaudado por subscripción popular.

UN AUTOMÓVIL DE GRANDES DIMENSIONES

El Sr. de Fabregues, de Marsella, individuo del Automóvil Club de aquella ciudad, se ha hecho construir el automóvil que adjunto reproducimos y que es notable, así por sus dimensiones como por las comodidades que en su interior contiene. Bien las necesita ese vehículo, puesto que en él se propone su pro-

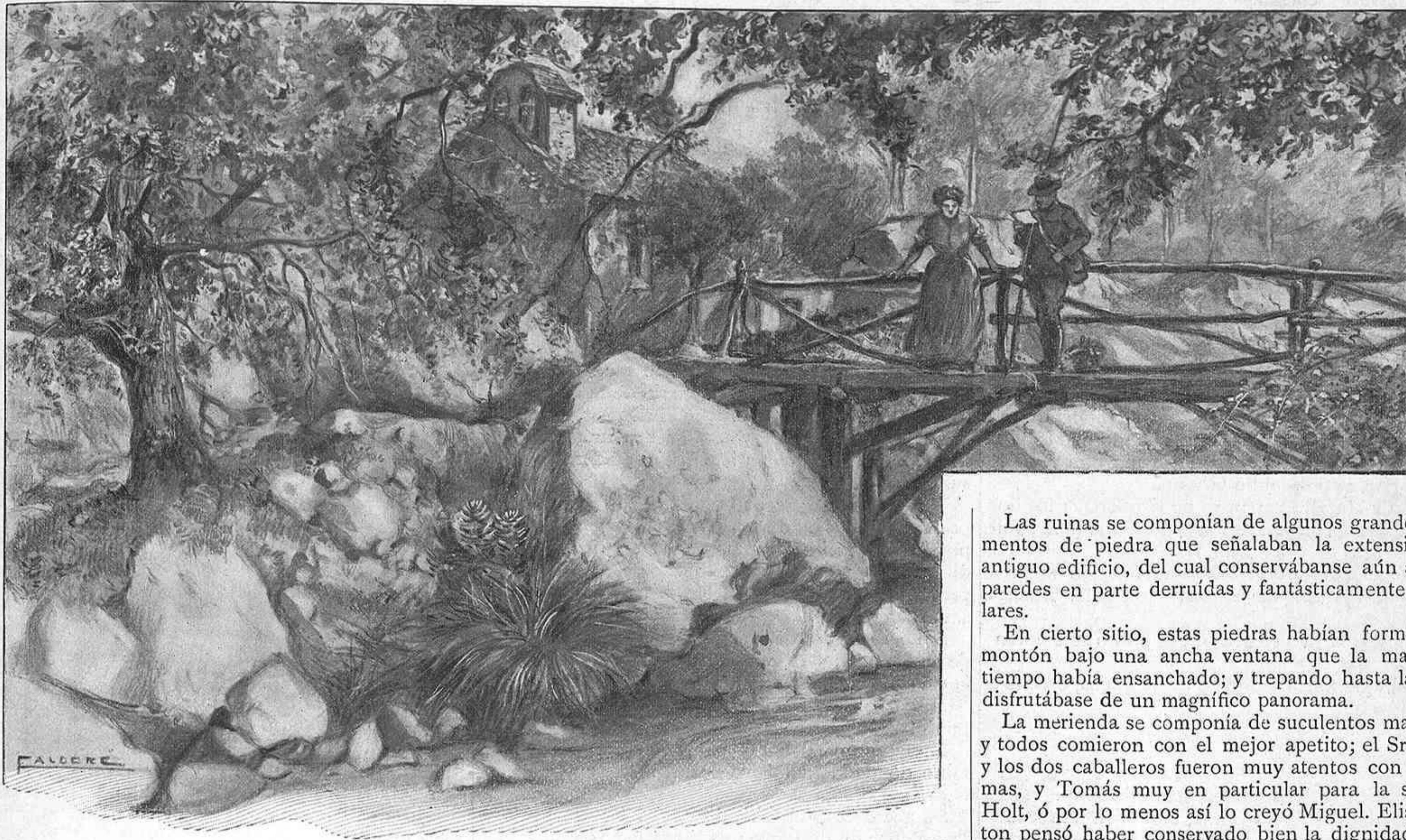
de 35-40 H. P. y se compone en la parte delantera de un salón dormitorio con cuatro camarotes, en la trasera de una cocina con dos camarotes y en el centro un cuarto tocador.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 617 y 620)

Parte central de un tríptico pintado por Jerónimo Bosch. — Fué el autor de esta obra célebre pintor, escultor y grabador y nació en Bois-le-Duc hacia 1450. Fué de los primeros que pintaron al óleo, y sus obras se señalan por el calor del colorido y por la facilidad de ejecución. Aunque no se sabe de un modo

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.



Sara entregó á Tomás un sobre de grandes dimensiones

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

—¡No sea usted niño! Mi prima le quiere á usted.
—Quisiera creerlo así.
—Todo lo que hace no tiene más objeto que contrariar á usted por no haberse conducido bien con ella últimamente.

A Miguel le agradó oír esto; pero érale difícil creerlo bajo aquellas circunstancias. Tal vez hubiese entre los dos alguna mala inteligencia, mas estaba casi seguro de que no procedía de él.

Cuando todos estuvieron reunidos en el salón, Susana, con su airosa figura y su belleza eclipsó á todas las demás mujeres, entre las cuales parecía una reina: vestía una falda de color gris, tan sencilla como elegante, y cubría su graciosa cabeza un sombrero de fieltro adornado con una pluma negra.

Elisa Walton, envidiosa al ver que no podía competir en belleza con la joven y resentida también por el aire de superioridad con que Susana parecía aceptar el favor de ser invitada á reunirse con tan distinguidas personas, como si fuese de elevada alcurnia, no pudo menos de reconocer que era muy peligroso introducir á semejante mujer en la casa.

El Sr. Montague Lewis, reconociendo en Susana á una de sus mejores arrendadoras y admirador también de su belleza, mostróse muy galante á pesar de sus años, y felicitóla con la misma cortesía que hubiera usado con una persona de su clase. Esto bastó para enaltecer más á Susana, y todos se creyeron obligados á seguir el ejemplo del barón; de modo que fué desde aquel momento la persona más notable, y no una humilde campesina, como lo deseaban las señoritas de Walton.

Entre tanto el joven Tomás halló una oportunidad para murmurar al oído de Carolina:

—Encárgate tú del joven Hazell..., te aseguro que vale la pena pescarle...

—¡Pescarle!, repuso Carolina con aparente indignación, como si estas palabras sonaran mal en sus oídos.

—¡Silencio!, interrumpió Tomás cual si adivinara lo que iban á contestarle; hazlo por consideración á mí.

Carolina se conformó, y un momento después trababa conversación con Miguel. Este último no parecía muy satisfecho, pero la señorita Walton aparentó no observarlo y esforzóse para distraer su atención de Susana; y así es que cuando se dió la señal de marcha, Miguel no tuvo más remedio que ofrecer el brazo á su interlocutora.

El día era magnífico y habíase resuelto ir á merendar en las ruinas de la antigua abadía. El Sr. Montague hubiese querido tener á Susana por compañera, juzgando que era muy ventajoso mantener amistosas relaciones con sus arrendadores; pero Elisa Walton estaba á su lado y Tomás se había constituido al parecer en caballero de la señorita Holt, pues reían y hablaban animadamente, y esto parecía indicar que deseaban ir juntos. En su consecuencia, el barón se resignó á ser acompañante de la señorita Walton, é hizo lo posible para no faltar á su acostumbrada galantería. Elisa pensaba que la convendría mucho titularse «señora Lewis» y que este nombre, además de sonar muy bien al oído, produciría muy buen efecto en sus tarjetas.

La señorita Holt parecía tener malignas intenciones: vió que Miguel estaba evidentemente disgustado por la aparente satisfacción que le causaba la compañía de Tomás; pero interiormente Susana se acusó de proceder falsamente con ambos jóvenes. Sin embargo, la calma de Miguel la irritaba; en sus ojos no veía resentimiento, sino tristeza, y esto era para ella insostenible, por más que comprendiese que el joven no podía darle queja alguna sin ofenderla, dadas las circunstancias en que ambos se hallaban.

En cuanto á Tomás, considerábase feliz y hablaba á Susana con la confianza del hombre que cree haber conquistado un corazón.

Las ruinas de la abadía distaban de la casa como unos tres cuartos de milla y hallábanse en el punto más alto del condado; el camino que se debía recorrer atravesaba algunos campos de trigo, donde ya se veían algunas espigas doradas, y más allá veíanse prados y bosques que se inclinaban en suave pendiente hacia el río.

Las ruinas se componían de algunos grandes fragmentos de piedra que señalaban la extensión del antiguo edificio, del cual conservábanse aún algunas paredes en parte derruidas y fantásticamente irregulares.

En cierto sitio, estas piedras habían formado un montón bajo una ancha ventana que la mano del tiempo había ensanchado; y trepando hasta la cima, disfrutábase de un magnífico panorama.

La merienda se componía de suculentos manjares, y todos comieron con el mejor apetito; el Sr. Lewis y los dos caballeros fueron muy atentos con las damas, y Tomás muy en particular para la señorita Holt, ó por lo menos así lo creyó Miguel. Elisa Walton pensó haber conservado bien la dignidad de su padre, el concejal Smith, y díjose que en aquel momento ocupaba su verdadera posición.

Terminada la merienda, se trató de escalar el montón de piedras para ver desde allí el paisaje tan elogiado, y acto continuo emprendióse la ascensión, que dió lugar á mucha broma.

Tomás, aunque inválido, declaró que estaba resuelto á subir si Susana lo hacía, y ésta, riéndose de sus propias palabras, ofreció ayudarle, en voz bastante alta para que Miguel pudiese oírlo.

No podía desear más Walton y aceptó el brazo de Susana; mas en vez de apoyarse en él, oprimióle ligeramente. Aunque esto desagradó á la señorita Holt, no quiso protestar contra semejante libertad, temiendo sin duda ponerse en evidencia.

Sus compañeros habían llegado ya á la cima cuando ellos comenzaban á subir, y á los pocos pasos Tomás tropezó; Susana le sostuvo, extrañando su repentina debilidad, y como sus rostros se tocaran casi, Walton hizo además de dar un beso á su compañera creyendo que los demás estaban vueltos de espalda, pero una voz de arriba le contuvo.

—¡Oh! Tomás..., gritó Elisa.

Todas las miradas se fijaron entonces en los dos jóvenes.

Susana se ruborizó vivamente y después palideció; sus miradas se fijaron con altivez en los que estaban arriba, y ya iba á decir algo, cuando de pronto se contuvo y siguió ayudando á su compañero.

El Sr. Lewis llamó en aquel momento la atención de la señorita Walton hacia un punto del paisaje, y Elisa volvió de nuevo la cabeza.

Susana estaba indignada con Walton, y más aún consigo misma, por haberle permitido considerarse como su amante, coqueteando con él é induciéndole á creer que le correspondía. Había procedido así solamente para castigar á Miguel, sin pensar que podía hacerse daño á sí propia; cierto que el joven estaba disgustado, pero ella padecía más y arrepentíase de la ligereza de su conducta.

Otra persona se lamentaba más aún de esto, pero ella no lo sabía aún.

De todos modos, Susana agradeció al Sr. Lewis su deferencia, comprendiendo que había distraído la atención de la señorita Walton para que no se fijase la atención en ella y su compañero. Poco después llegó á la cima también, contempló el paisaje tranquilamente y volvió á bajar con los demás, pero ayudando siempre á su compañero inválido, quien consideró esto como una prueba de cariño.

Cuando volvieron á la casa, la señorita Holt manifestó deseos de que se preparase su tartanita, alegando que debía estar en la granja antes de las cinco. Hazell, que no había hablado una palabra, salió presuroso para enganchar el caballo; pero hicieronse objeciones, algunas muy formales, y se rogó á Susana que se quedara para tomar el te. Para no desairar á

so de las edades; la fachada principal y el pórtico desaparecían casi bajo una capa de hiedra; pero en otras partes del edificio se reconocían más aún los estragos del tiempo.

Más allá de la iglesia hallábase el vado, y sobre éste habíase construído un alto puente de madera, con una mísera barandilla en un lado. Esto había sido necesario porque en invierno no faltaban avenidas y las aguas inundaban los campos, convirtiéndolos en lagunas.

Sara subió al puente, detúvose en el centro, apoyando un brazo en la barandilla, y comenzó á mirar el río, cuyas claras aguas permitían ver el lecho de arena amarillenta, sembrada de piedras verdosas que parecían isletas en miniatura.

Sara no había ido allí al parecer para disfrutar del paisaje, pero seguramente era digno de llamar su atención. En un lado elevábase la pintoresca iglesia; en el otro se veía una pequeña posada, con el tejado cubierto de hierba y de construcción casi tan antigua como la del templo; en ella se hospedaban en otra época los viajeros que necesitaban albergue para pasar la noche; pero ahora no se refugiaban allí sino los que carecían de recursos para alojarse más cómodamente. A lo largo del río prolongábase una línea de frondosos álamos y de añosos robles, que proyectaban densas sombras en las aguas; y en el lado opuesto extendíanse magníficos pastos y campos de trigo que se perdían de vista en lontananza.

Sara no vió nada de todo esto, y su excursión no parecía tener objeto alguno; pero sus ojos brillaron de pronto, expresando después una profunda tristeza.

Un hombre avanzaba en dirección al puente, sin duda con intención de cruzarle, y al verle, Sara se cogió con fuerza á la barandilla, como si temiera caer, después, observando que el hombre estaba ya muy cerca y que se detenía como para dejarla pasar antes, pues la estrechez del puente apenas permitía que lo hicieran dos personas á la vez, levantó la cabeza y miró al recién llegado, que no era otro sino Walton.

—¡Cómo!, exclamó Tomás, ¿usted por aquí! ¿Viene usted acaso á pescar?

—No, Sr. Walton, contestó Sara en voz baja é inclinando de nuevo la cabeza; sabía que debía usted pasar hoy á las doce por aquí y he venido para encontrarle.

—Muy bien, contestó Walton; agradezco la deferencia, pero no sé por qué se ha molestado en venir aquí, sabiendo que yo no tardaría en ir á la granja.

—Deseaba dar á usted esto.

Al pronunciar estas palabras, Sara entregó á Tomás un sobre de grandes dimensiones, evidentemente lleno de papeles.

—¿Es un secreto de Susana?, preguntó Walton.

—Sí, contestó Sara después de vacilar un momento.

Tomás miró el sobre, que tenía la siguiente singular inscripción, trazada con pulso firme:

«Para mi hija Sara.—Se cancelará si se casa con él; y de lo contrario, procurará recobrar los papeles, si es posible.—*Roberto Hodsoll.*»

Walton observó que las palabras «si se casa con él» se habían raspado, aunque no lo suficiente, y excitada su curiosidad, consiguió descifrarlas al fin. Ya iba á romper el gran sello rojo que cerraba el sobre, cuando Sara le detuvo.

—No es necesario que lo abra usted ahora, dijo; le entrego estos papeles porque me parece que estarán más seguros en sus manos en el caso de que á mí me sucediese alguna cosa.

Walton había pensado siempre que Sara era excéntrica; mas ahora le parecía que su razón comenzaba á extraviarse.

—¿Presiente usted que haya de sucederle alguna cosa?

—Podría ser.

Walton no pudo menos de sonreírse al observar

la gravedad con que la joven pronunció estas palabras.

—Supongo que no piensa usted en el suicidio, repuso; y por lo demás veo que disfruta de la suficiente salud para no temer la muerte tan pronto.

—¡Quién sabe!, replicó la joven con aire pensativo.

—Pero ¿por qué me da usted esos papeles?

—Porque le interesan á usted más que á ninguna otra persona.



Servicios que Elisa aceptó

—Muy bien; cuando le suceda á usted algo los examinaré.

—Muchas gracias... ¡Hasta la vista!

Y Sara dió media vuelta para volver por donde había venido.

—¡Cómo, exclamó Walton, no me da usted la mano!

Sara la presentó al joven y éste la estrechó entre las suyas.

—¡Ah!, exclamó al mismo tiempo, se me olvidaba preguntar á usted cómo está Sus..., quiero decir la señorita Holt.

—Muy bien, contestó Sara retirando su mano.

—Pues entonces, ¿tendría usted la bondad de anupiarla que mañana iré á la granja con mi caballo *Tim* para que pueda probarle?

—Sí, contestó Sara con una frialdad que llamó la atención de Walton.

—¿He ofendido á usted en algo?, preguntó á la joven.

—En nada absolutamente.

—Pues me parece que está usted resentida por algo.

—Si es así, usted debería saberlo...

—Palabra de honor que no sé...

—¡Honor!, interrumpió Sara con amargura.

Esta exclamación y la mirada de enojo de la joven hicieron comprender á Walton que la señorita Hodsoll hablaba con mucha seriedad.

—Si no le agrada á usted que conteste así, me limitaré á decirle que nada sé...

—Pues piense usted, y seguramente recordará. Y ahora, no quiero hacerle perder más tiempo, por lo cual me retiro.

Así diciendo, Sara hizo una ligera reverencia, y encaminóse hacia la iglesia ruinosa de que hemos hablado antes.

La escena hubiera divertido á Walton en cualquiera otra ocasión; pero esta vez le causó el mayor asombro.

«¡Vamos, murmuró, es una joven muy extraña; pero hoy me ha parecido una reina de tragedia!»

Y guardando el sobre en su bolsillo, prosiguió su marcha hacia la Casa Isabel, donde iba á ver dos caballos, que el señor Lewis acababa de comprar. Una vez allí, olvidó del todo el incidente con Sara.

Entre tanto la joven, más pálida que antes, y oprimiendo los labios, como por efecto de la cólera, apresuraba el paso de tal modo, que parecía huir.

Y en efecto, huía de sus pensamientos, porque en aquel instante sentía en su corazón amargura y despecho, convencida de que á Walton le importaría poco de que ella sufriese. Esperaba que la hubiera dirigido durante la entrevista alguna frase cariñosa, alguna palabra para demostrar que no olvidaba el pasado; mas el joven no hizo la menor alusión á las relaciones de otro tiempo.

El murmullo de las aguas del río llegaba á los oídos de Sara en aquel momento como un grito de desesperación; el suave roce del follaje parecía lleno de melancolía, y hasta los gorjeos de los pajarillos eran tristes.

Antes de llegar á la antigua iglesia, Sara encontró al cartero Zacarías, que con su cayado en la mano y la pipa en la boca, según costumbre, regresaba á su casa después de cumplir el servicio.

—Buenos días, señorita, dijo el buen hombre.

Y al ver que Sara proseguía su camino sin contestar, permaneció inmóvil murmurando:

—Diríase que la señorita Hodsoll se ha vuelto loca, pues siempre fué muy amable. ¡Cómo cambian las mujeres!

El buen cartero hablaba como hombre de experiencia, y le resentía que Sara hubiese pasado junto á él sin hacer aprecio, tanto más, cuanto que estaba acostumbrado á que todo el mundo le saludara, aunque sólo fuese con una ligera inclinación de cabeza, como lo hacía el mismo Sr. Montague. Zacarías, embocando de nuevo la pipa, prosiguió su marcha, meditando sobre las inconsistencias de la humanidad.

Sara llegó á la granja casi jadeante y vió á Susana á la puerta.

—Que tarde vienes, Sara, díjole su prima; aún te espero para comer.

—Pues era inútil que aguardases, porque no puedo probar bocado.

—Pero ¿por qué has corrido tanto?

—Porque tengo el diablo en el cuerpo, contestó Sara subiendo rápidamente á su cuarto.

XI

UNA VISITA AMISTOSA

Susana se vió en la precisión de comer sola, y entró en el comedor lamentándose de que su prima hubiera perdido el apetito.

«Si eso es el amor—pensó al sentarse á la mesa—Dios me libre de él, porque no me agradaría estar desganada á las horas de comer.»

Mas á pesar de esta reflexión, muy propia del caso, Susana no hizo tanto honor á los manjares como de costumbre, y comenzó á reflexionar sobre las amarguras de la vida.

La conducta de Sara parecía ya extravagante. ¿Qué podía tener? Si era algún disgusto, ¿por qué no se lo confiaba francamente, sabiendo que ella haría cuanto la fuese posible para consolarla? Seguramente su prima tenía algún pesar; mas no podía imaginar cuál sería la causa, y al fin acabó por no pensar más en ello.

Antes de que acabase de comer, oyó llamar á la puerta dos veces seguidas, como si el visitante estuviera impaciente por entrar.

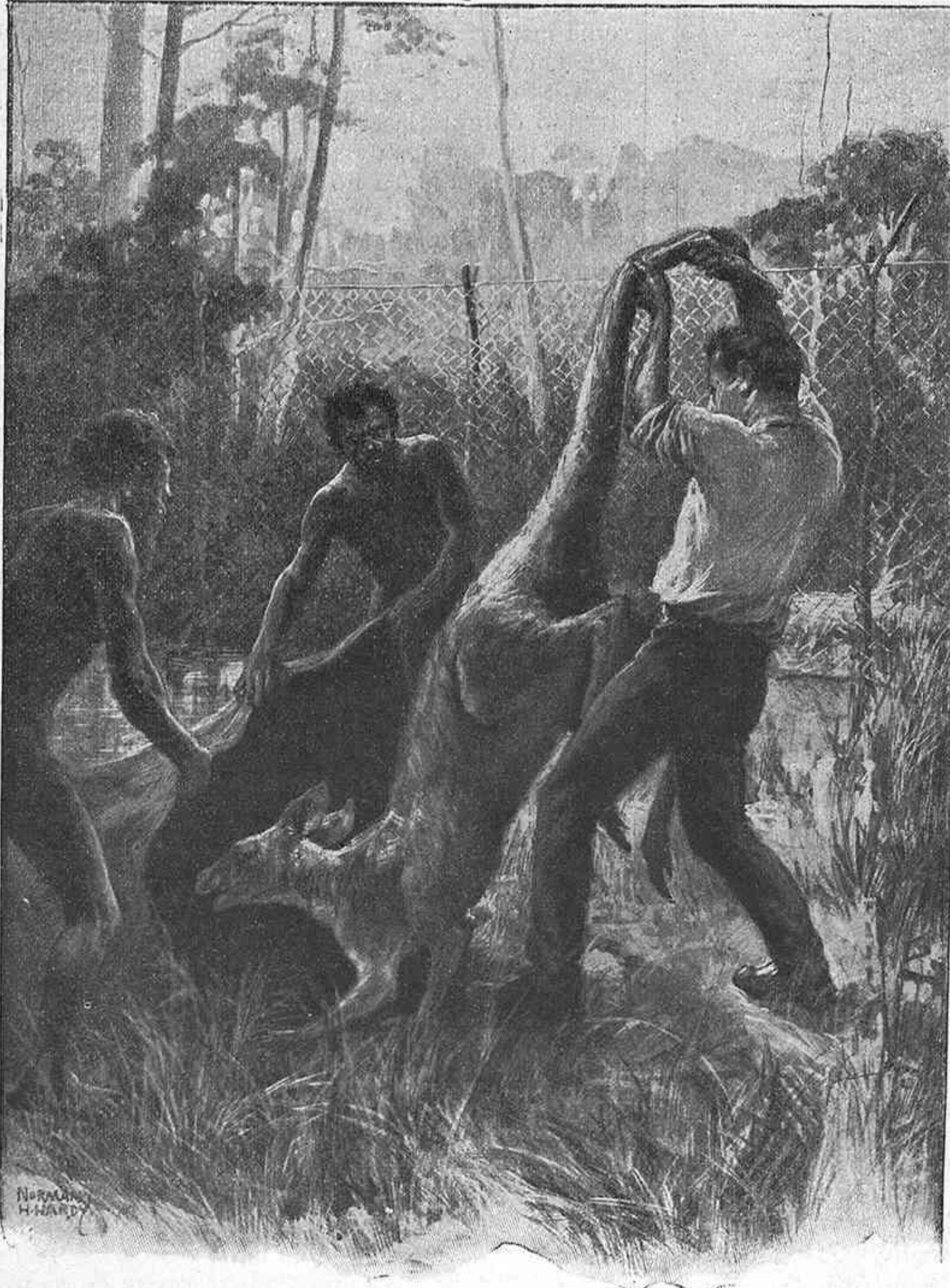
Sin imaginar quién podía ser, miró por la ventana y vió el coche de la señorita Elisa Walton, aquel coche que era objeto de la murmuración y de las burlas en todo el distrito, por saberse que la familia que le usaba apenas tenía lo suficiente para pagarlo.

(Se continuará.)

LA CAZA DEL KANGURO

Hasta hace, relativamente, poco tiempo, no se me había ocurrido aprovechar los conocimientos adquiridos en largos años de residencia en los lugares más apartados de la civilización, sobre las costumbres y hábitos de los animales salvajes del Norte de Australia, para establecer un negocio de los más raros que en el mundo existen, á saber, la captura y crianza de ciertas especies raras de kanguros. Para hacerlo con éxito, hay que aprender muchas cosas, como sucede en todo; á mi costa lo comprobé, cuando empecé á importar kanguros á Europa.

Al principio traté de traer kanguros adultos, á los que cogíamos por medio de trampas, pero resultó un fracaso. Los que han vivido en plena libertad jamás se domestican; en cambio, los que se crían á la mano, son de lo más dócil y cariñoso que puede imaginarse.



El cazador deja que el animal, apoyado sólo en las patas delanteras, vaya andando hasta meterse él mismo en el saco

Nuestro centro de operaciones está establecido en Wyndham, Australia. Cuando se ha de emprender una expedición al interior, hay que hacer antes grandes preparativos y llevar muchas provisiones, necesitándose el concurso de buen número de caballos de silla y carga. Una de las cosas más indispensables de que hay que proveerse es un gran rollo de enrejado de alambre, cuyo uso explicaremos luego.

Al salir de Wyndham establecemos un depósito de provisiones, en la primera aguada conveniente que encontramos; y una vez elegido nuestro centro de operaciones, establecemos el campamento, extendiéndose nuestro radio de acción á unas ciento ó ciento cincuenta millas en contorno. Ha de tenerse presente que la región en que cazamos los kanguros está muy apartada de las comarcas civilizadas, sin más habitantes que los mismos aborígenes, á muchos de los cuales empleamos en nuestras expediciones, y ellos son los que nos indican los sitios en que hay mayores probabilidades de encontrar kanguros.

Establecido el campamento y trazado nuestro plan de campaña, lo primero que hay que hacer es inspeccionar personalmente los lugares que los indígenas nos han indicado como más favorables para nuestro intento. Al llegar á ellos hay que examinar detenidamente todos los charcos de agua y sitios donde los kanguros acostumbran á beber. Por regla general eligen para ello un lugar situado en alguna angostura ó valle retirado.

Habiendo hallado una aguada á propósito, lo primero que hay que hacer es averiguar si cerca vagan manadas de perros salvajes y, si así fuera, hay sin perder tiempo que buscar otra, pues los kanguros no se acercan nunca á los lugares donde saben que andan los perros acechándoles, á no ser que no encontrando agua en ninguna otra parte la sed les obligue á ello.

Los perros salvajes de la Australia son en extremo astutos, y su modo de coger á los kanguros, á expensas de los cuales viven, en aquellas comarcas del Norte, donde no hay ganado vacuno ni lanar, es muy sencillo y eficaz: consiste en ocultarse entre la alta hierba ó en las malezas, junto á los charcos de agua, donde infaliblemente han de ir á beber los kanguros durante la noche, cuando éstos muy confiados se acercan á su escondite se lanzan repentinamente y hacen presa en sus víctimas.

Cuando han descubierto una aguada frecuentada por kanguros, los perros ya no se apartan de ella, mientras aquéllos continúan acudiendo; pero como son

aquellos animales muy tímidos y asustadizos, en cuanto han perecido dos ó tres de entre ellos, los demás huyen y buscan otro abrevadero. Así pues, el cazador de kanguros antes de empezar sus operaciones ha de examinar si en los alrededores de la aguada se ven huellas recientes de perros.

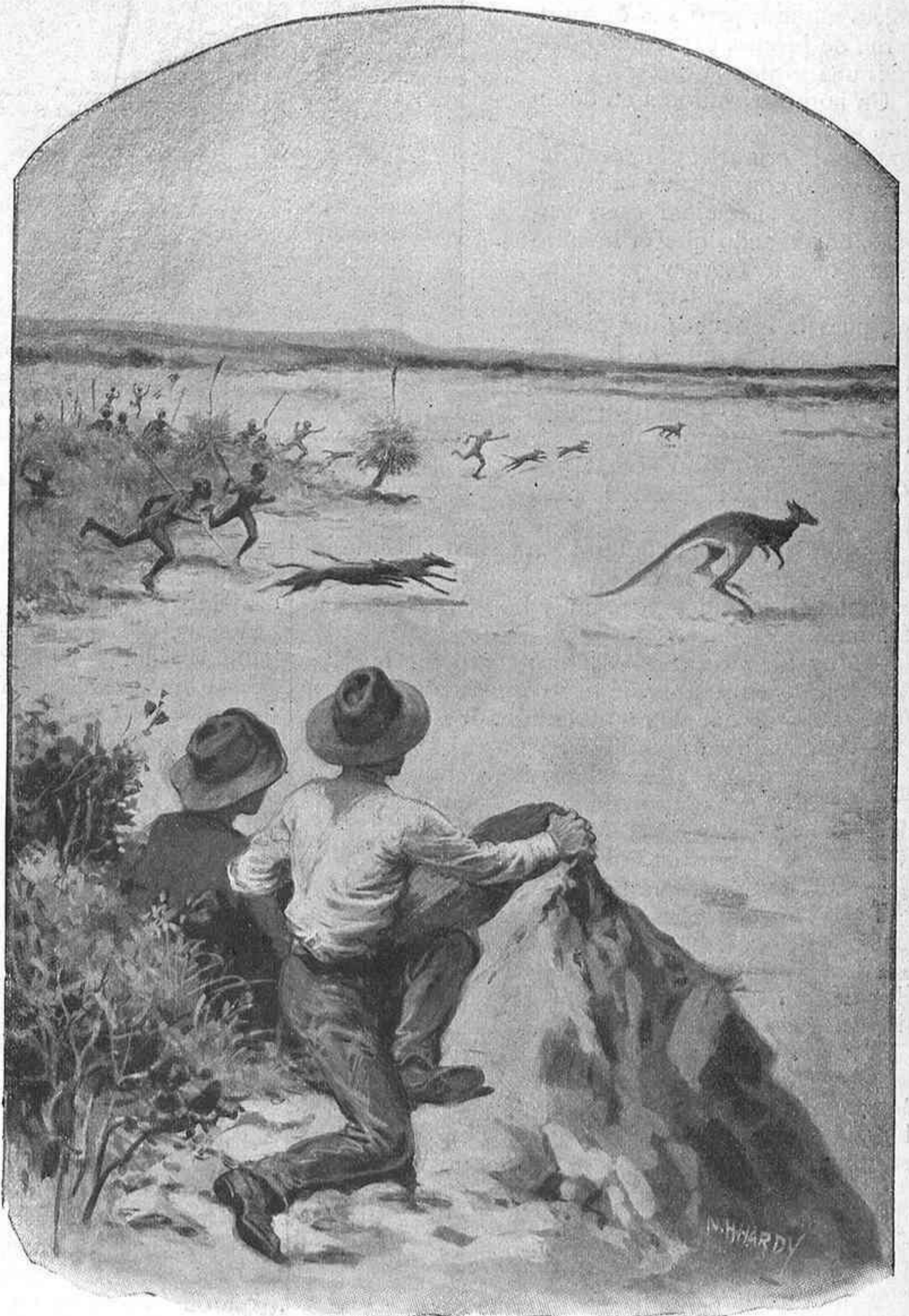
Seguros de que no los hay, antes de romper el día nos situamos en una colina ú otro sitio elevado, á un cuarto de milla de distancia de la aguada, armados de gemelos de gran alcance.

En cuanto haya luz bastante para distinguir bien el agua, se podrá averiguar el número y especie de los kanguros que la frecuentan, y decidir, por lo tanto, si conviene ó no atraparlos; lo que se efectúa de dos maneras, ó con trampas ó con perros.

Mientras unos cazadores reconocen el terreno, otros se entretienen en hacer jaulas con las maderas del bosque, forrándolas bien con sacos, por dentro, á fin de que los kanguros no se lastimen al meterlos en ellas.

Se corta cierto número de estacas, y con éstas y el rollo de red de alambre, que tiene una altura de cinco pies, se rodea por todas partes la aguada, dejando sólo una abertura de cuatro pies de alto por tres de ancho, por donde puedan pasar los kanguros; sobre ella se coloca en alto una compuerta que pueda dejarse caer, dispuesta de tal modo que cae en cuanto los kanguros, al bajar á beber, pisan un madero colocado dentro de la cerca de manera que hayan precisamente de pasar por encima de él.

Después de hechos, durante el día, todos esos preparativos, nos retiramos á descansar al campamento, para poder velar por la noche, que es cuando vienen á beber los kanguros. Al entrar uno de ellos hace caer la compuerta, lo que se sabe al instante en el campamento por una campana que está unida á la compuerta con una cuerda. Por lo tanto, cuando se la oye sonar se tiene conocimiento que algo ha caído en la trampa, y allí corremos, provistos de un gran saco de lona fuerte, para meter á nuestro prisionero. Después de averiguar hacia dónde está, un hombre se acerca al asustado animal, que en el acto hace desesperadas pero inútiles tentativas para escapar, dando inevitablemente con la cabeza contra la red de alambre que apenas puede distinguir, aunque sea en noches de luna clara. Este es el momento oportuno para el cazador, porque al volverle la espalda el kanguro le presenta el punto más vulnerable que tiene: la cola. Con presteza, antes de que pueda reponerse del choque, lo coge por ella, y si no lo consigue, aguarda á que se presente otra oportunidad. Sujeto ya por el rabo, no puede el kanguro hacer daño á su aprehensor con sus temibles patas traseras; pero no han terminado aquí los trabajos del cazador, que ha de procurar levantar de tal modo los cuartos traseros del animal, que tan sólo pueda apoyar en el suelo las patas delanteras. Muchos kanguros pesan doscientas libras y más, y como la parte posterior es la más pesada, se comprende fácilmente que se necesita ser hombre muy forzudo y ágil para poder capturar de ese modo un animal de tanto peso y de tanta fuerza.



Caza del kanguro con perros

En cuanto está ya el kanguro sujeto, los indígenas entran en la trampa y colocan el saco abierto en el suelo. Levantando siempre del suelo las patas traseras, el cazador deja que el animal vaya andando con las delanteras, guiándole de modo que él mismo se meta dentro del saco. Se le lleva entonces en triunfo al

campamento y se le encierra en una de las jaulas ya preparadas.

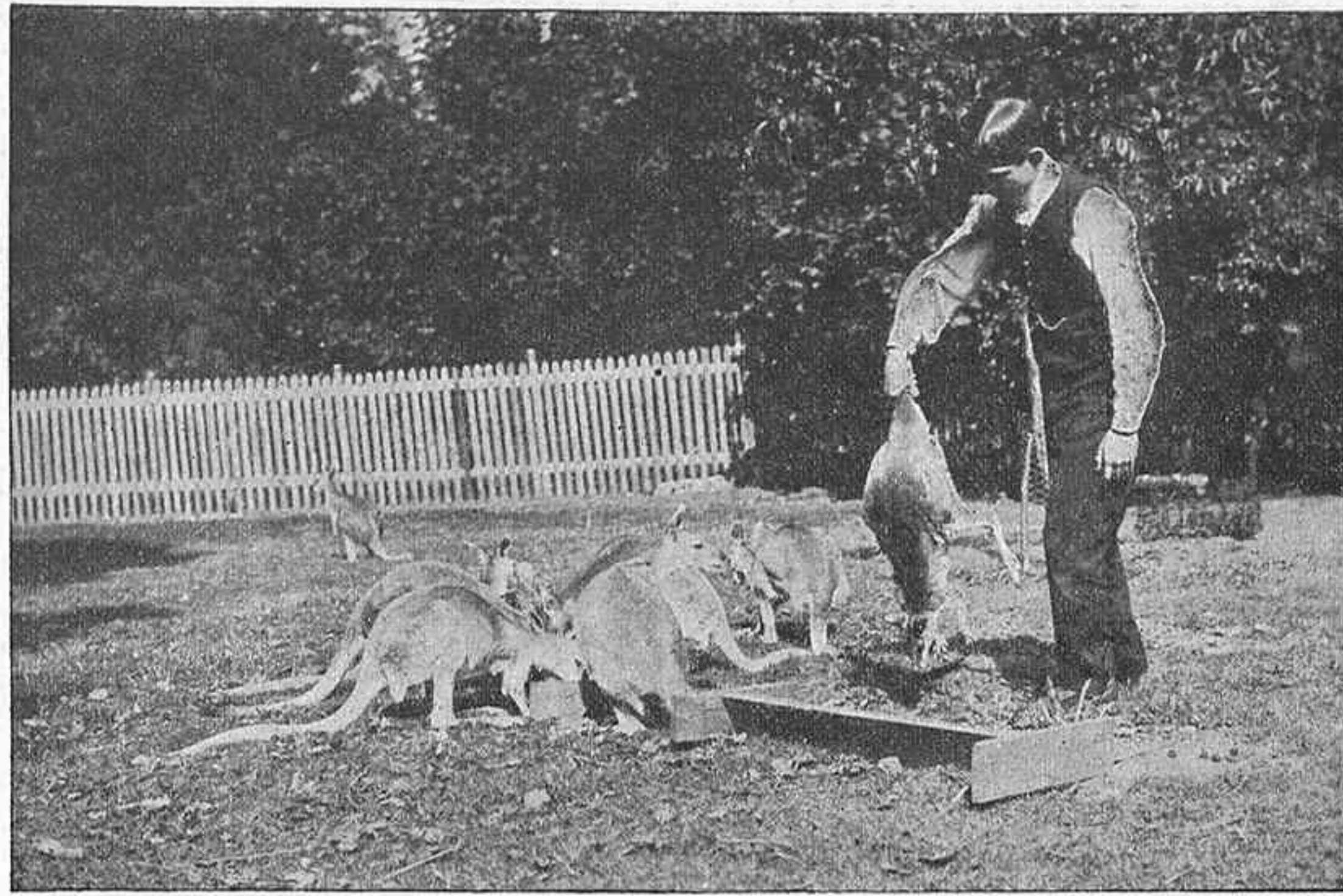
Si continúan entrando kanguros, se permanece en el mismo lugar hasta que se hayan cogido cuantos puedan llevarse cómodamente en una carreta al primer depósito; allí se les deja y se llena la carreta de jaulas vacías para regresar á la misma ú á otra aguada, según el caso.

Para el otro modo de atraparlos no se necesitan las redes de alambre, pero hay que llevar cierto número de indígenas y de perros amaestrados, así como también diez ó doce cabras para poder dar leche á los pequeñuelos.

Se sale á la madrugada, porque los perros no pueden correr después de las diez de la mañana á causa del excesivo calor.

Después de averiguar dónde están los kanguros, es preciso colocarse entre ellos y las montañas, porque si dichos animales logran acogerse á ellas, ya no hay modo de que los perros los alcancen; eso lo saben perfectamente los kanguros, así es que á la primera alarma huyen en línea recta en aquella dirección.

En cuanto se ha logrado cortarles la retirada, se van soltando uno á uno los



Dando de comer á los kanguros

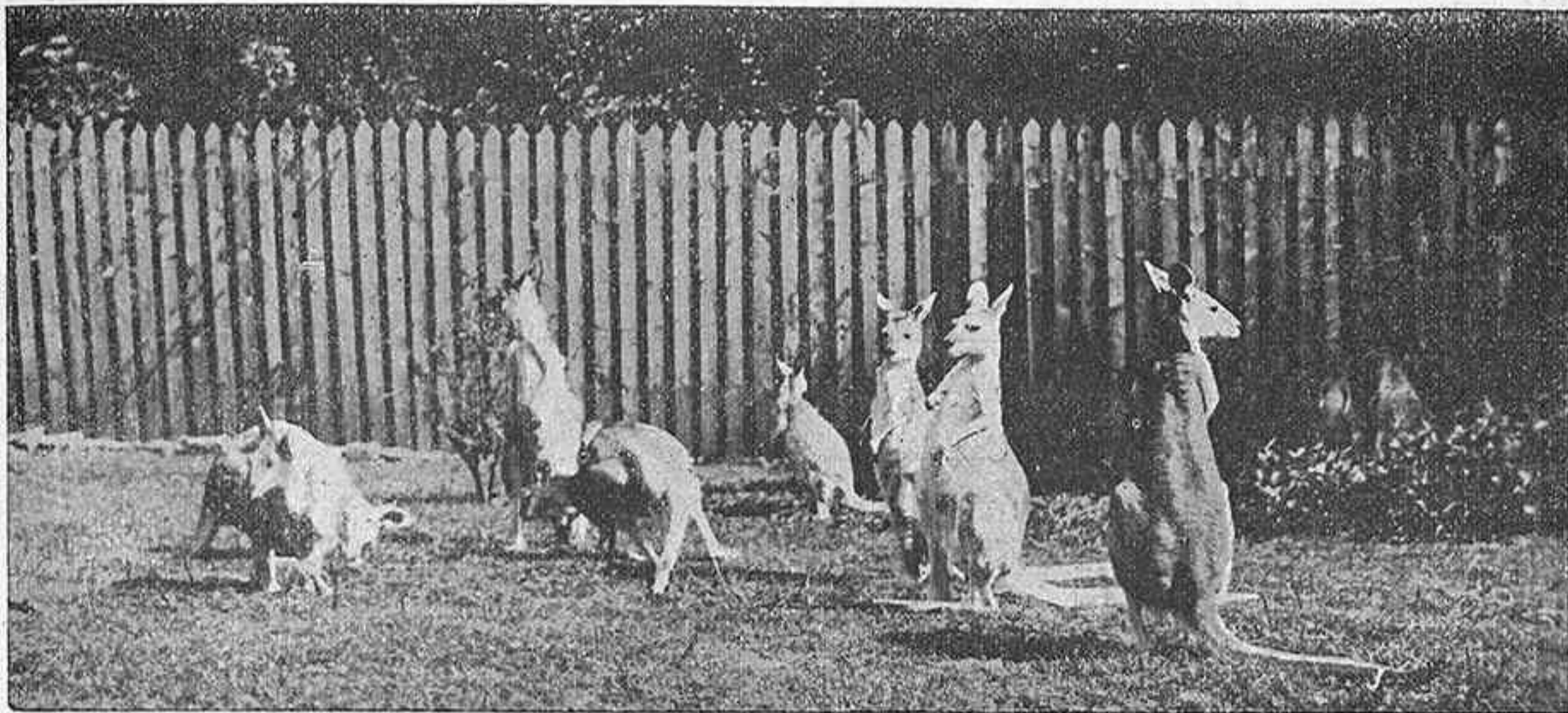
dando una patada de arriba abajo con gran fuerza y con la rapidez del rayo. Si llega á tocar al contrario con sus uñas duras y afiladas, causan una herida de consideración. Los he visto con frecuencia abrir en canal un perro y matarlo de una sola patada.

Si el kanguro aprisionado resulta ser hembra y lleva en la bolsa una cría, se coge ésta y se deja á la madre en libertad. Este sistema de atraparlos es de muy inciertos resultados; á veces en una sola mañana se cogen hasta doce pequeñuelos, otras ninguno.

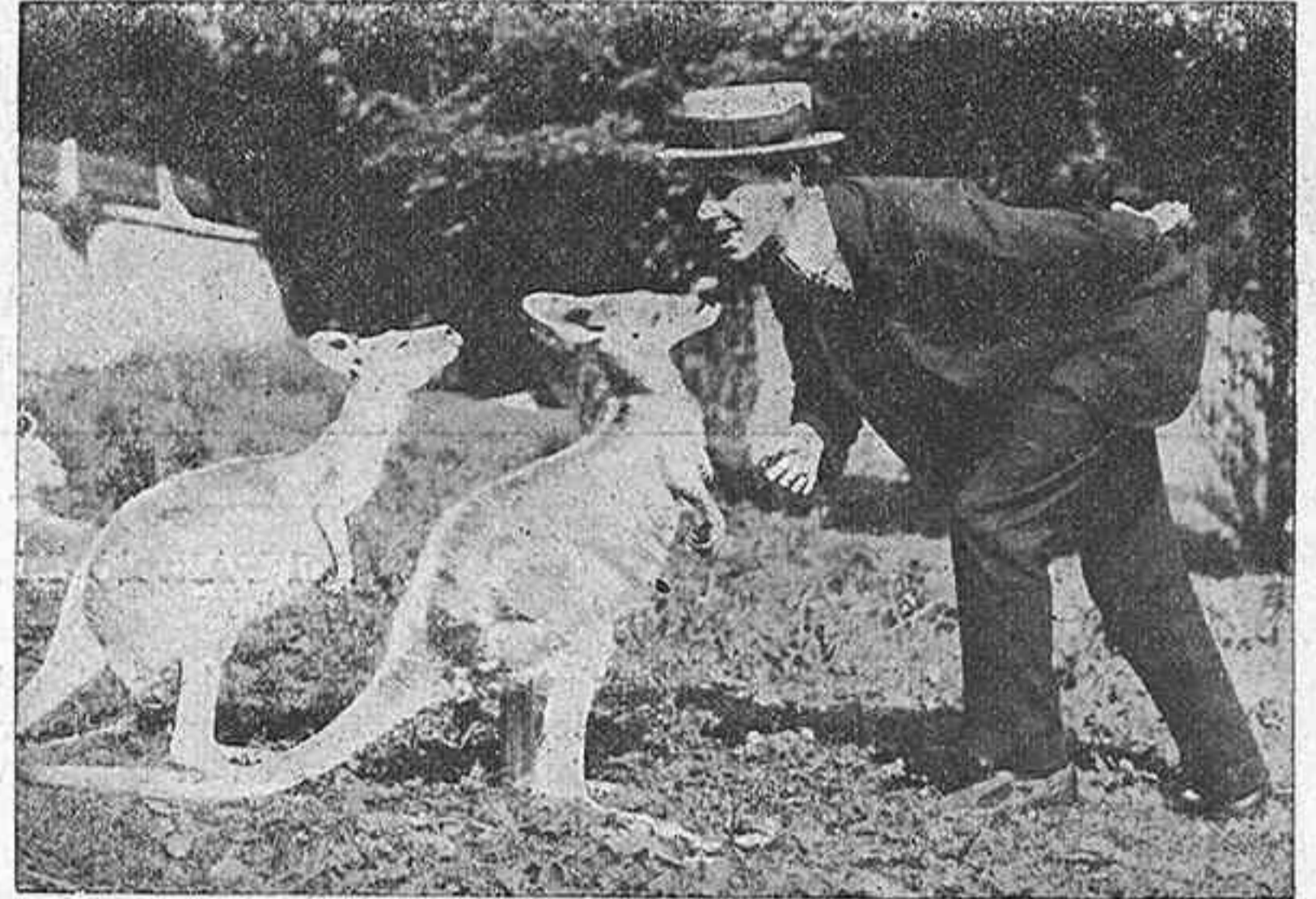
El transportar á Inglaterra los kanguros es empresa difícil y expuesta á pérdidas; pero una vez desembarcados y llevados á nuestra finca de Batle, se aclimatan perfectamente.

Dicha finca está situada en la cumbre de una eminencia y la rodean altos muros de piedra; las diferentes especies de kanguros están

separadas unas de otras por medio de cercas. No se corre gran peligro de que los kanguros salten esas cercas, puesto que no hay nada que los espante. Para protegerlos de los rigores de la intemperie, en cada departamento se han cons-



Grupo de kanguros jóvenes



Kanguros jóvenes enteramente domesticados

perros, cada cual acompañado de un indígena. Sigue una larga y animadísima persecución, pues los kanguros corren invariablemente mucho tiempo antes de resolverse á presentar combate, apoyando el lomo contra el tronco de un árbol. Los perros están enseñados á no acometerlos, sino á rodearlos y á aguardar á que lleguen los indígenas, que no tardan, á pesar de lo malo del terreno por donde hayan de correr.

Dominando por su estatura á los perros, acechan la ocasión de coger con sus cortas patas delanteras á la persona ó animal que se les acerca. Si lo logran, este punto de apoyo les permite poner en movimiento sus terribles patas traseras,

truído unos pequeños cobertizos donde puedan refugiarse. Se les da de comer dos veces al día maíz mojado y hojas de col, además de la hierba que pastan en los cercados, á la que muy pronto dan fin, pues un kanguro come tanta hierba como un carnero. La mortalidad es muy poca, por más que al principio temí mucho las consecuencias de traer desde los territorios del Norte de Australia, áridos y castigados por el sol, esos animales á un clima tan variable como el de Inglaterra. El éxito ha coronado mis esfuerzos, y hoy poseo el único criadero de kanguros que, según creo, existe en el mundo.

(Fotografías de Clarke y Hyde.)

W. H. PAYNE.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EPICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

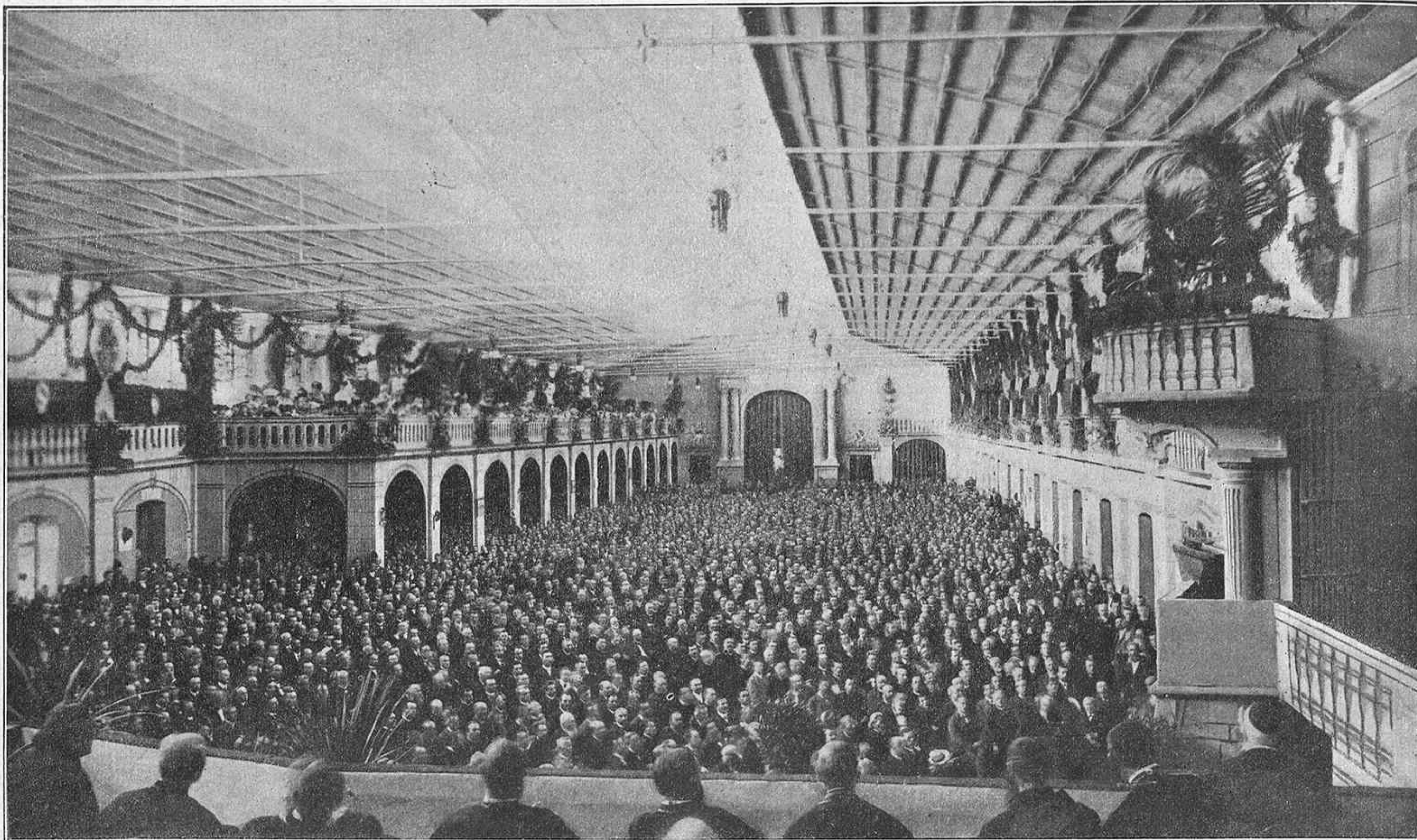
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉFÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCIENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso

Paris
B^e St-Denis, 16

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Wurzburgo (Baviera).— El Congreso de Católicos alemanes recientemente celebrado. Una sesión en el Salón de fiestas del Palacio Municipal de Wurzburgo. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En la ciudad bávara de Wurzburgo se ha celebrado, en los últimos días del pasado agosto, el 54.º congreso de los católicos alemanes, que ha revestido gran importancia, así por el número de congresistas que en él tomaron parte como por la trascendencia de las cuestiones que en él se trataron.

En la primera sesión se nombró presidente al Dr. Constantino Fehrenbach de Freiburg, y se acordó enviar telegramas de homenaje al papa, emperador y al príncipe regente rey de Baviera, y se adoptaron por unanimidad los acuerdos referentes al aumento del dinero de San Pedro y á la peregrinación á Roma que se efectuará en la primera semana de mayo de 1908.

En las sesiones privadas y públicas se han discutido temas, no sólo religiosos, sino políticos y sociales, relativos á la prensa católica, á la creación de cámaras de trabajadores, al servicio doméstico, á los comités de obreros, á la fundación de asociaciones mercantiles católicas, etc.

Esos temas fueron desarrollados por las más eminentes personalidades del catolicismo alemán.

Una de las fiestas religiosas más solemnes celebradas durante el Congreso ha sido la peregrinación de hombres al venerado Santuario de la Virgen, en la que figuraron más de siete mil personas.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho* y de los *intestinos, los*

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD CURADAS POR EL VERDADERO HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas *Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.*

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.



PECHO IDEAL

Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATTÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 750 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaerrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre *Depurativo Vegetal* cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

elmas reconstituyentes soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.** Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los diente, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.